
S.I.P.
SPACIAL
INTERNATIONAI
POLICE
JOHNNY GARLAND
¡SUCEDERÁ MAÑANA!
AYNÉ

¡SUCEDERÁ MAÑANA!



¡Sucederá mañana!

Por

Johnny Garland



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

Depósito legal B. 18.451 - 1961
Número de Registro4.907 - 1961

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

EL ADIVINO



TEPHEN FOLDER no tenía ninguna confianza en aquello. Había sido una tontería hacer caso a un tipo como Christian Holbrook. Siempre estaba lleno de ideas raras y de extrañas convicciones. Era supersticioso y crédulo en extremo. Pero él no debía dejarse influir por Holbrook. Y, sin embargo; allí estaba. Siguiéndole por el dédalo de callejas más solitarias y desiertas de New East River, un viejo arrabal, ahora urbanizado con nuevos edificios y aeropistas. Pero, sin embargo, seguía pareciendo un arrabal en muchas cosas. Especialmente, en su soledad, en su aspecto sombrío, que ni siquiera la fría luminiscencia de los electrotubos lograba disipar en ninguna de las largas, sinuosas, grises calles, flanqueadas de edificios de un tono metálico, nada acogedor.

—¿Crees que hemos debido venir, Holbrook? —preguntó a su acompañante.

—Diablo, Stephen, creí que estabas convencido de que era lo mejor —argumentó el aludido.

—Lo estaba... cuando iniciamos esta excursión. Ahora no estoy tan seguro.

—Muy bien. Si quieres, podemos volvernos. No se ha perdido nada. Ni tampoco creo que se hunda el mundo, si una vez hecha tu consulta y escuchada la respuesta, te largas de casa del «Gran Precursor», sin hacerle

ningún caso. ¿O crees que ahí te espera un dragón que va a devorarte?

—No sé qué pensar —Stephen Folder se encogió de hombros—. Pero si realmente ese tipo es tan maravilloso como aseguras... ¿por qué no vive en otro sector de la ciudad, más céntrico, más moderno y espectacular?

—Por Dios, Stephen, ¿y qué puede importarle a un hombre como el «Gran Precursor» que le rodeen chamizos o grandes rascacielos? A él todo eso le es indiferente. Y también debe serlo para quienes le visitan.

—Majaderías, Holbrook. En otras épocas existieron también charlatanes de esa especie. Para entrar en su casa tenías que sortear antes murciélagos, cráneos humanos, libros antiguos, sobre brujería, y toda clase de horripilantes medios decorativos. Pero también hace ya mucho que la gente dejó de creer en todo eso. Era absurdo, y murió por sí mismo. ¿Cómo hoy en día en pleno siglo veintiuno vamos a admitir la existencia de hechicerías y de seres superdotados?

Christian Holbrook se detuvo bajo un electrotubo luminiscente, que dejaba en la larga calle un manchón de luz azul. Los rostros de los dos hombres parecieron extrañas máscaras flotando en una neblina azulada.

—Escucha, incrédulo de todos los diablos —farfulló el acompañante de Folder—. Yo no te he hablado de supercherías, de brujos ni de nada de eso. El «Gran Precursor» es algo muy diferente. Acéptalo, si quieres. Recházalo, si te parece. Pero no juzgues antes de verle y oírle. Él es capaz de asombrar a gente mucho más reacia que tú a creer en prodigios. Pero harás mal en ir predispuesto a la incredulidad. No es un mago ni un farsante lo que vas a ver. Ahora decide de una vez si quieres venir o no.

Stephen Folder se humedeció los labios. Su amigo tenía razón. Nada ni nadie le obligaba a ir a ver al «Gran Precursor». No creía en absoluto en sus dotes fantásticas o supernaturales. Pero siempre cabía una esperanza. No encontraba el camino para resolver sus problemas. Tal vez aquel portentoso personajillo lo hallara. Aunque eso lo dudaba mucho.

Christian Holbrook esperaba, impaciente, la decisión de su amigo. En algún lugar de los canales urbanos, sintió la sirena prolongada de un transbordador de río, movido a turbinas. Fue el único ruido que quebró la quietud casi sepulcral de aquel distrito urbano, silencioso y rectilíneo, de amazacotada edificación.

—Está bien —suspiró finalmente Folder—. Iremos a ver a ese hombre y ojalá sea la centésima parte de lo que tú aseguras. Lo estoy necesitando.

Holbrook rio entre dientes, satisfecho por la decisión de su compañero. Reanudaron ambos la marcha, por la acera de asfalto plástico, de un gris casi metálico. Las luces azules, suspendidas sobre sus cabezas, proyectaron largas, extrañas sombras azuladas, que danzaron grotescamente, al alargar ellos el paso, en su afán por llegar cuanto antes a casa del «Gran Precursor».

Finalmente, Holbrook se detuvo en una amplia plaza de forma pentagonal. En su centro se elevaba una plataforma aérea de aparcamiento de turbomóvil. Alrededor, los edificios eran altos, como torreones ultramodernos, y entre ellos se deslizaba la serpentina plástica de una espaciovía urbana, en dirección a las partes altas de la gran ciudad.

—Ahí es —dijo Christian Holbrook, señalando un edificio no muy alto, que iluminaba intensamente un proyectluz callejero.

Stephen Folder hubo de admitir que el aspecto de la vivienda del «Gran Precursor» no era muy deprimente ni sugería la idea de un nigromante habitual, tal y como fueron en los siglos anteriores esa clase de vividores de la credulidad ajena.

El lugar podía ser frío y hermético, pero no tenebroso ni aterrador. Posiblemente también los brujos de la nueva era fuesen gente supercivilizada en sus procedimientos para sorprender la buena fe del prójimo, pensó con amargo humorismo Folder.

De nuevo la idea de que estaba cometiendo un error se arraigó en su mente. Pero la desplazó de sí, resuelto a llegar hasta el final de la curiosa aventura iniciada, a sugerencias de Holbrook. Llegaría a ver personalmente al «Gran Precursor», y luego resolvería si hacerle caso.

O mandarle alegremente al diablo.

Inmediatamente se dijo que había algo que él no podía hacer: precisamente eso, obrar alegremente. Había graves problemas que se lo impedían. Problemas que, por mucha que fuese la ciencia sobrenatural del hombre que iban a visitar, no quedarían resueltos con aquella visita absurda, a medianoche, a casa de un individuo que alardeaba de poder leer el futuro, de verlo tan claro como el presente mismo. Y que, por igual razón, veía y leía en el interior de los seres humanos con facilidad pasmosa.

Esa clase de tipo era el «Gran Precursor». Y a esa dase de tipo iba a visitar Stephen Folder, un hombre eminentemente realista y positivo. Un hombre que ahora mismo, en un bolsillo de su traje, llevaba una fortuna considerable: dos millones de «créditos». Dos millones, que podían resolverle tantas cosas a cualquiera, incluso a él mismo. Y que, sin embargo, eran para Folder la razón de todos sus temores y preocupaciones.

—Vamos —invitó Holbrook—. Entremos ya, Stephen. Se hace tarde y creo que conviene ver a ese hombre cuanto antes, para regresar luego a casa.

Sí, se hacía tarde. Y no sabía Holbrook lo tarde que era ya para él. Asintió, avanzando hacia la casa. Holbrook llegó ante la puerta. Pulsó un llamador. La puerta permaneció cerrada. Pero cosa de cinco segundos más tarde, se deslizó tenuemente, en silencio.

La entrada de la vivienda apareció ante ellos. Una luz verdosa iluminaba un corredor. Entraron, tras un movimiento aprensivo de Folder. Se cerró la

puerta, avanzaron por el corredor, hasta un turboascensor. Holbrook lo señaló.

—Subamos —dijo—. Es en el piso treinta.

Asintió de nuevo Folder. Ya no retrocedería. El turboascensor se elevó vertiginosamente, paró un segundo más tarde. La puerta se abrió. Un botón iluminado señalaba el piso número treinta.

—Ya estamos —explicó innecesariamente Christian Holbrook—. Aquí es, Stephen.

Salieron del turboascensor y una cinta deslizante, automática, les trasladó por el corredor hasta una puerta de vitroplast irrompible, esmerilado. Unas letras azules, metálicas, indicaban:

«GRAN PRECURSOR»

Si no crees, no entres.

Cree en mí y resolveré todos tus problemas.

Eso era todo. Quizá no resultaba muy original, pero sin duda sería eficaz. Folder, con un suspiro, siguió a su amigo, cuando la vidriera empezó a deslizarse, sin que ellos tuvieran que llamar.

* * *

Era alto, altísimo. Quizá sus ropas negras le dieran también esa sensación de formidable estatura, lo mismo que su gran delgadez y la larga, pálida faz, de grandes ojos claros, entornados y como en trance.

Ése era el hombre. Tenía andares pausados, melodramáticos, pero sin esforzarse en ello. O, al menos, sin parecerlo. Su estudio o salita de recepción era un rectángulo de muros lisos, con una mesa metálica y unos asientos de suspensión magnética y espuma. Nada espectacular, nada teatral. Ni cráneos, ni animales disecados ni nada de eso.

Escuchó a Holbrook atentamente, moviendo la cabeza en dos ocasiones. Llevaba sus brazos cruzados sobre el pecho, y parecía extrañamente lejano. Apenas si miró un momento a Folder, erguido en otro lado de la salita.

—Está bien, señor Holbrook —dijo lentamente, al acabar el otro—. Me trae usted a un amigo en apuros. Quiere consultarme. Acepto encantado. Espero que no sea un incrédulo y perdamos el tiempo.

—Seguramente no lo será. Está convencido de que puede ayudarle usted mucho.

—Eso es mentira —aseveró fríamente el adivino, haciendo dar un respingo a Holbrook. Pero inmediatamente sonrió con aire extraño y agregó—: Sin

embargo, le atenderé. Mis consultas son estrictamente privadas. Salga usted. Espere a su amigo en otro gabinete. Él y yo hablaremos.

Holbrook asintió, saliendo sin la menor protesta. Una vez solos, el «Gran Precursor» se volvió a Folder. Le miró fijamente. Stephen sintióse incómodo. Pero esperó, sin decir nada.

Apenas unos segundos después, habló lentamente el «Precursor» sin quitar de él sus claros, penetrantes ojos:

—Señor Stephen Folder, usted está en apuros. Ignoro qué clase de apuros, porque el señor Holbrook no me los ha referido. Quizá porque él tampoco los conoce todavía.

—Eso es cierto —asintió roncamente Folder.

—¿De modo que aún no le ha dicho usted que lleva sobre sí dos millones de «créditos», producto de un robo que ha cometido hoy mismo en la empresa donde trabaja, señor Folder, y que de ahí nacen sus preocupaciones?

Stephen Folder parpadeó, tornándose lívido. Ahora la expresión de su mirada, fija en el adivino, reflejó auténtico estupor e incredulidad.

—Dios mío... —jadeó—. ¿Cómo lo sabe...?

—Yo lo sé *todo*, señor —rio el adivino, sarcásticamente—. Ahora, siéntese. Trataremos de su asunto, tal y como usted espera..

CAPÍTULO II

UN HÉROE POPULAR



O le gustaba la publicidad. Posiblemente tampoco a Donald Callowan le hiciera demasiada gracia. Pero el «viejo» tendría que resignarse, como se resignaba el propio Glenn Farrow.

Para un agente especial de la «Spacial International Police» lo peor que puede haber es la propaganda. El rostro de un policía debe mantenerse siempre en el anónimo, o pierde su eficacia ante el hampa a quién debe perseguir. Sin embargo, eso no se podía ya remediar. La popularidad, ese tremendo monstruo de mil cabezas que es la fama, había hecho presa en él. Y él no tenía otro remedio que soportarlo del mejor modo posible, tal y como hacía Callowan, aunque el «viejo» lanzara una imprecación cada vez que echaba una ojeada a los periódicos, a la televisión o a las noticias proyectadas en las pantallas de información callejeras, al emerger el rostro atractivo, fuerte y enérgico, de Glenn Farrow. Con su sonrisa amplia, ligeramente cínica, con sus ojos inquisitivos e inteligentes, su remolino rubio de cabellos cayendo jovial, alegremente, sobre la amplia frente.

Y siempre, bajo el mismo titular, o parecidas palabras:

> «EL JOVEN HÉROE QUE SALVÓ MILES DE VIDAS Y ANIQUILÓ A UN PELIGROSO CRIMINAL ENLOQUECIDO. GLENN FARROW, HÉROE PÚBLICO NÚMERO UNO, A QUIEN TODOS DEBEMOS GRATITUD Y ADMIRACIÓN INFINITAS».

Así era, ciertamente. Glenn Farrow había salvado muchas vidas, con su arrojo. El loco criminal que planeó volar las grandes centrales termonucleares que daban luz, energía y calor artificial a Nueva York, y logró llegar, con astucia maligna, hasta las mismas naves de los depósitos térmicos, solamente pudo ser abatido porque un hombre, con absoluto desprecio de su vida y del peligro, penetró tras él, le persiguió en dramática, escalofriante pugna por encima de los grandes depósitos de plastluminium, centelleantes bajo la cruda luz solar, y por fin, acorralándolo sobre la gran boca del horno de combustión termonuclear, se enfrentó a él en duelo estremecedor, presenciado por miles

de personas despavoridas e impotentes.

La lucha entre el loco criminal, que ansiaba destruir por el simple placer de ver aniquilada a la Humanidad, y el joven agente especial de la S.I.P., fue breve y terrible. Estuvo varias veces a punto de ser él quien cayera al fondo del pozo de combustión, pero al fin dominó con sus grandes dotes de luchador y la ciencia aprendida en la escuela espacial de la S.I.P. en Washington, la fuerza demente, avasalladora, del loco asesino.

Y el desenlace fue tan dramático, tan espeluznante, como todo cuanto sucediera antes. El loco cayó al fondo de los hornos termonucleares, con un alarido que erizó los cabellos de la gente, y del propio Farrow, jadeante, colgado precariamente de la barandilla de un puentecillo de paso sobre los gigantescos hornos.

Así, Glenn Farrow se hizo popular. Así, su rostro saltó a las pantallas de telenoticiarios, de cine, a las páginas de los periódicos y a los tableros proyectados de las principales avenidas.

A pesar suyo, a pesar de la S.I.P., a pesar de todo, Glenn Farrow se hizo famoso e idolatrado. Y, después de todo, era natural que así ocurriera. Las gentes sencillas son cordiales y agradecidas. No podían olvidar el gran favor recibido. En cuanto a los demás, cumplían con su deber. Periodistas, operadores y fotógrafos tenían por misión encontrar a la figura del momento y acosarla de todas las formas imaginables. Ellos cumplían esa misión a conciencia.

Glenn Farrow rehuía la popularidad, evadiéndose siempre que le era posible, pero eso por desgracia no ocurría muchas veces. Sus «enemigos» eran demasiado obstinados en ese terreno, para que la decisión del joven agente de la «Spacial International Police» les venciera. Una cosa era ganar la batalla a un loco asesino y otra muy distinta vencer a un puñado de reporteros y periodistas ávidos.

—Creo que será mejor que se tome unas vacaciones, en tanto se apaga la polvareda de su hazaña —había dicho Donald Callowan, jefe supremo de la S.I.P., mordisqueando imitadamente su cigarro habano—. Estamos orgullosos de usted, muchacho, pero su cara es hoy tan conocida, que los ladrones, rufianes y granujas le rehuirían a una milla de distancia. Pero la efervescencia popular es tan breve como avasalladora. De momento, parece arrollarlo todo. Luego se olvidan de las caras y de las personas, gracias a Dios.

—Sería terrible que ocurriera lo contrario, señor —sonrió Farrow.

—Por Dios, no lo diga siquiera —se estremeció el jefe de la S.I.P., aplastando su cigarro con un golpe enérgico en el cenicero—. Ahora la S.I.P. no le encargará misión alguna. Disfrute de su fama y de las ventajas de ésta, con un breve descanso. Un mes de inactividad le será sumamente provechoso. Y espero que también a la S.I.P. Puede ir a donde quiera, a disfrutar de ese mes de descanso, muchacho. Espero que se divierta.

—Yo también lo espero, señor. Posiblemente me vaya a Luna-Término. Creo que allí será más fácil que me olviden. Existen una especie de *bungalows* para los que desean hacer turismo en nuestro satélite, y es posible que sea un lugar ideal para ser olvidado... y para olvidar.

Así habían hablado los dos. Farrow, dueño de treinta días de absoluta independencia, que, además de ser un medio de que la gente olvidara su rostro, podía interpretarse también como una pequeña recompensa de la S.I.P. al heroísmo y cívica decisión de su agente, había sacado ya su billete para Luna-Término, en uno de los *rockets* de viajeros de las líneas comerciales.

Tierra-Luna. Al día siguiente, saldría para el satélite terrestre, donde era más fácil vivir despreocupado y sin excesivo curioseo en derredor.

Pero las decisiones de Farrow iban a encontrarse pronto con obstáculos imprevisibles. Y el primero de ellos sería una mujer.

Una mujer bonita, joven y encantadora, pero terriblemente obstinada. Puede decirse que ella fue la que torció el destino de Glenn Farrow, el hombre que pretendía pasar inadvertido, y tan difícil le parecía lograrlo...

La muchacha se llamaba Andrea Darlan y era tan famosa como el propio Farrow. Su rostro lo conocía el mundo entero. Su voz, la escuchaban millones de personas, y su fama podía competir ventajosamente con la de Glenn Farrow.

Por tanto, necesariamente tenían que encontrarse ambos. La misma fama, el monstruo terrible de la popularidad, común a ambos, les unió un día...

* * *

—¿Andrea Darlan, ha dicho? ¿Quién es?

—¿De veras no sabe usted quién es Andrea Darlan, señor? —se asombró el camarero del hotel de Nueva York donde se alojaba ahora Farrow.

—Diablo, claro que no —le miró, irritado, volviéndose hacia él. La luz del sol, en la terraza semicircular, asomada a la gran urbe, hería los cabellos del joven agente de la S.I.P. en vacaciones, haciéndole parecer oro hilado—. ¿Tengo acaso obligación de conocer a esa mujer?

—Lo ignoro, señor, pero millones de personas la conocen —dijo respetuosamente el camarero—. Es la más famosa y audaz reportera de la Televisión Intermundial que...

—¿Televisión? —se horrorizó Farrow—. ¡Oh, no, cielos! ¡No quiero ver a ningún periodista ni...!

—Creo que es tarde para eso, señor Farrow —dijo una voz burlona risueñamente—. Ya está aquí la televisión en la persona de su gran figura, Andrea Darlan...

Furioso y sorprendido, Glenn Farrow giró la cabeza hacia el lugar de

donde provenía la voz de mujer, educada y agradable, aunque con un leve, enfático tono de superioridad y dominio.

Se encontró con una auténtica belleza fuera de lo común, y recordó que aquel óvalo perfecto, de tez bronceada levemente, bajo la melena de un rubio plata deslumbrador, ojos rasgados, de un asombroso tono verde esmeralda, y la boca, roja, carnosa, de labios gordezuelos y sensuales, no le era desconocida ni mucho menos.

Había visto a Andrea Darlan a través de las pantallas gigantescas, multicolores y tridimensionales de la «Interworlds Televisión». Sólo que hasta entonces poco preocupado por las luminarias de la TV, aunque tuviesen la figura esbelta y a la vez plena de suaves, seductoras curvas, de la bellísima rubia.

—Vaya —dijo lentamente Farrow—. ¿De modo que usted es Andrea Darlan?

—Eso es —sonrió ella, con un centelleo burlón, irónico, en sus grandes pupilas verdes—. ¿Sorprendido?

—Un poco. ¿Quién le autorizó a entrar? No recibo a nadie.

—Hace mal. Debe recibir a los que le hacen la propaganda. Y ésos no esperan que se les autorice a entrar en ninguna parte. Yo pertenezco a ellos, señor Farrow.

—No me interesa la propaganda. Ni ustedes.

—Pero al público sí le interesa usted —replicó ella—. Por eso estoy aquí. Personalmente podría decirle que usted no me interesa en absoluto si no fuese un poco incorrecto. Yo me debo a mi público, no a usted ni a otra celebridad cualquiera. ¿Lo ha entendido, señor Farrow?

—Creo que sí —Glenn esbozó una sonrisa sarcástica, levemente dura, sin quitar sus ojos acerados de la joven y audaz reportera—. Habla usted bastante claro. Y aunque no lo quiera, es incorrecta... Es más, yo diría que es una mal educada.

—Señor Farrow, un héroe público no tiene derecho a ser grosero.

—Tampoco una periodista, por importante que sea.

—A veces el periodismo y la grosería son asignaturas idénticas —rio ella cínicamente.

—Empiezo a darme cuenta de que es cierto. Ahora márchese. No tengo ganas de recibir a nadie. Ni de hablar con nadie.

—¿Una chica bonita no puede ablandar su hosquedad?

—Sí. Pero no una chica bonita cargada de mala fe y de osadía impertinente —replicó con aspereza Farrow. Señaló la puerta—. Salga, Andrea Darlan. Empieza a molestarme su presencia e incluso empieza a no parecerme tan bonita como usted misma se cree.

Ella se mordió los labios, furiosa. Centellearon sus pupilas con ira. Evidentemente, no estaba habituada a fracasos así, en especial ante un hombre. Irguió el busto, juvenil y potente bajo la malla plástica, de color oro suave, que ceñía su seno inquietante. Pero la mirada y la expresión de Farrow se mantuvieron impenetrables. Ella encajó su nuevo fracaso con deportiva resignación. Pero exhibió su blanca, menuda dentadura, en una mueca de desafío, que no lograba paliarle encantos a la bella impertinente.

—Muy bien, señor Farrow —dijo con lentitud—. Usted gana el «round». Es un maldito obstinado, pero no siempre va a salirse con la suya. Haré el reportaje, le guste o no. Ahora, o en otra ocasión. Andrea Darlan siempre obtiene lo que quiere.

—Creo que en esta ocasión Andrea Darlan no obtendrá nada en absoluto. Buenos días.

—Buenos días, señor Farrow —airada, dio media vuelta. Abandonó la estancia. Parecía que iba a dar un portazo, pero tuvo el gesto deportivo de evitarlo a tiempo, deslizar suavemente la puerta tras de sí y murmurar, ya en el pasillo—: Veremos quién gana a quién...

Farrow soltó una suave carcajada, desarrugando el fruncido ceño. No dejaba de serle simpática la energía belicosa e incisiva de la joven reportera. Sin duda, se tenía que ser así para, en pleno siglo XXI, con una competencia terrible y unos medios de difusión realmente extraordinarios, llegar una mujer a la primera fila de los informadores mundiales.

—Quizá debí concederle lo que pedía —se dijo, entre dientes, volviendo a la soleada, fantástica terraza semicircular, asomada a la blancura centelleante, ultramoderna, de la gran urbe extendida a sus pies, bajo la gran torre circular, todo plástico, metal y vidrio, del Gran Hotel de las Naciones—. Pero si no hubiera mostrado una tan endiablada superioridad e impertinencia...

Finalmente se encogió de hombros. Allá Andrea y allá sus hazañas televisivas. Él era enemigo de todas esas cosas. No tenía por qué transigir, y menos frente a una fierecilla tan engreída y dueña de sí. Aunque reconocía que era muy bonita.

Cuando descendió a almorzar se detuvo unos instantes en la gran sala de proyección de telenoticias, igual a la que poseían últimamente todos los hoteles importantes del mundo. Allí, los diarios televisados, en la gran pantalla estereoscópica, informaban, con más realismo, prontitud y precisión que los modernos rotativos impresos en televideo, desde remotas distancias, en lengua internacional.

Estaban exhibiendo una serie de anuncios publicitarios cuando entró en la sala y tomó asiento en una confortable butaca de gomespuma, presionando el resorte del brazo, para que el sistema automático, situado en cada asiento, le sirviese un aperitivo en la bandeja que emergía ante cada butaca al ser presionado el resorte.

Se anunciaba en la pantalla la presencia de una gran plataforma espacial, a sólo setecientas millas de la superficie terrestre, con una gran feria internacional, atracciones y toda clase de juegos, diversiones, establecimientos y pistas para baile, competiciones deportivas, etc. Un locutor gordinflón y ampuloso exhibía imágenes tentadoras de aquella feria espacial, situada en la plataforma aérea. Un servicio de «rockets» y aerobuses trasladaban a los sirvientes cada diez minutos, desde New Columbus Circle hasta «Aerocity Park», que era el nombre del parque de atracciones suspendido en órbita en torno a la Tierra.

Pero pronto dejó de aparecer el gordinflón de la propaganda para presentarse el boletín diario de noticias y reportajes. Era lo que Glenn Farrow andaba buscando allí.

Tras la información internacional habitual y unos reportajes de actualidad se presentó la sección de «Reportajes sensacionales».

Y allí apareció Andrea Darlan. Con su sonrisa subyugante, que hechizaba a los espectadores, especialmente los del sexo fuerte, desde Ciudad del Cabo a Alaska y desde Hawái a Moscú.

Comenzó a hablar, con su espléndida voz, cálida y dominadora, y la gente escuchó sus palabras. Presentó un reportaje con los campeones del Torneo Espacial de Base-Ball, celebrado en el «Space Stadium» la noche anterior. Luego hizo una pausa para anunciar el mejor producto alimenticio concentrado para los viajes espaciales y la única bebida embotellada, que podía injerirse sin dificultad, incluso en zonas sin gravedad terrestre ni gravitación artificial a bordo de las naves.

Tras eso pasó a su segunda sección, titulada «El hombre de hoy». Farrow sonrió. Se imaginaba lo que iba a suceder. Andrea Darlan apareció en la pantalla, esta vez con una pequeña caja circular en su mano. Era dorada. Farrow arrugó el ceño. Recordaba haberla visto antes, pero no sabía dónde. Cuando las cámaras de la TV se acercaron más, lo recordó nítidamente. ¡Era el medallón o dije que lucía ella sobre su pecho cuando estuvo a visitarle!

Las manos de Andrea abrieron la cajita. Su voz explicó, cuando surgió de aquella cajita circular un pequeño rollo cinematográfico, cuidadosamente envuelto:

—Éste, señores, es un «microvideo». Una de mis armas mejores frente a la intransigencia e incomprensión de esas celebridades que se niegan a serlo o que, demasiado engreídas, quieren mantenerse en un pedestal, lejos de las gentes que, sólo por haber hecho de ellos lo que hoy son, tienen derecho perfectísimo a disfrutar de su presencia, siquiera sea en la pantalla mágica de nuestra televisión.

Hizo una pausa, mientras el sorprendido Farrow observaba cómo la bella reportera de la melena plateada y los ojos verdes emplazaba el rollo de estrecha película en una cámara proyectora especial en un rincón del estudio

donde se tomaba la escena para los televidentes.

—Esta película que ustedes ven —continuaba diciendo ella— es la que ha registrado fielmente el «microvideo». Este aparato puede grabar sonido e imagen, sin que se aperciba nadie, y presentar al público precisamente aquello que el entrevistado no desearía jamás ver expuesto. No debería revelar mi secreto, pero estoy segura de que, aun así, siempre tendrá Andrea Darlan un recurso para traerles a ustedes a la figura de la actualidad, al hombre de hoy, sea quien sea. Y hoy, señoras y señores, nuestro hombre es el guapo, el arrogante y heroico Glenn Farrow, que salvó a tantos seres de la muerte y del desastre... y que en realidad es tal y como ustedes le verán.

Farrow, atónito, contempló el reportaje de Andrea Darlan. La endiablada muchacha había grabado y fotografiado toda la escena de ambos en el hotel poco antes. La imagen era nítida, perfecta, con color y relieve idénticos a cualquier reportaje tomado en directo de la realidad. Y el duelo verbal de ambos no podía estar recogido con mayor fidelidad. Sólo faltaba en la imagen la figura de Andrea, que por ser la portadora del «microvideo» no podía ser captada por el objetivo.

Se levantó, furioso. Salió de la sala de proyección, montado en cólera. Algunos le vieron e identificaron. Una multitud de gente, enfervorizada aún por su reciente gesta en los hornos termonucleares, empezó a moverse hacia él. Farrow, asustado, sabía lo que eso significaba. Autógrafos, abrazos, casi la asfixia, presionado por las gentes entusiasmadas...

Echó a correr, huyendo del embate popular. Saltó a la calle por la gran puerta central del hotel y vio un turbomóvil de servicio público detenido ante la puerta. Abrió la portezuela, ya con las gentes arremolinadas, para aislar a su ídolo, en, especial a base de histéricas muchachas, que veían en aquel gigante rubio la perfecta combinación del hombre guapo, atlético, arrogante y heroico a la vez, con que toda mujer sueña.

—¡Dios mío, casi me cazan! —jadeó, retrepándose en el asiento. E indicó al conductor del taxi turbomóvil—: A cualquier parte, amigo...

El coche arrancó, con un zumbido de sus turbinas posteriores, alejándose por las cintas plástico-metálicas de las aerovías urbanas. Detrás quedó el hotel, la multitud desengañada...

Y, de súbito, Farrow se dio cuenta de que no estaba solo ni mucho menos. Allí, a su lado, en la penumbra suave del turbomóvil, había alguien. Giró la cabeza, sobresaltado.

—¡Usted! —aulló, frenético—. ¡Oh, no es posible...!

—Vaya si lo es —sonrió la persona sentada en el turbomóvil—. Yo misma, señor Farrow. ¿Le gustó mi reportaje de hace un momento?

—Mire, Andrea Darlan, no sé cómo puede estar en dos sitios a la vez, pero...

—Vamos, vamos —la hermosa rubia plateada soltó una suave carcajada que ya no era insultante—. Le dije que le ganaría la batalla final, y así ha sido. Sabía que éste sería el final y le estaba esperando. ¿Sabe una cosa, Farrow? *Le necesito*... Le necesito con urgencia... *en un caso de vida o muerte*.

CAPÍTULO III

LOS APUROS DE ANDREA



IENTRAS el taxi a reacción avanzaba por las vías aéreas de la ciudad vertiginosamente, Glenn Farrow fue digiriendo la extraña respuesta de la reportera. Luego la miró de hito en hito, la señaló con dedo acusador y masculló:

—No me venga con historias otra vez, señorita Darlan. ¿Usted necesita de alguien? ¿Usted, el fenómeno de la televisión, capaz de lograr lo que se propone? Sospecho que esto es alguna nueva argucia para captar para sus cámaras ocultas...

—Regístreme —rio ella, maliciosa, exhibiendo su figura hermosa, modelada por un traje azul intenso, que se adaptaba como una segunda piel a sus curvas—. Esta vez obro lealmente.

—No sería difícil registrarla. Pero siempre cabe la posibilidad de que lleve una microcámara o microvideo o como lo llame usted, escondida en sus largas uñas.

—No sea desconfiado. Le prometo que ahora no hay trucos. Ya obtuve lo que quería.

—Por cierto, aún no me ha contado cómo puede estar en dos sitios a la vez...

—¡Oh! no sea tonto —agitó ella una mano—. Yo sabía de antemano que lograría lo que me proponía. Me bastó grabar previamente la escena en que usted me ha visto extraer el rollo de película cuando en realidad no había tal rollo aún, ni tenía el reportaje. La imagen, grabada en cinta magnetofónica de imagen, se pasa luego, ensamblada al reportaje, y todo parece real, directo. Es lo que siempre se hizo en TV cuando el que actúa no está en el estudio a la hora de emitir su imagen y su voz.

—Ya. Y entretanto usted esperaba a la puerta del hotel, segura de que su publicidad me obligaría a huir como ave ante el cazador.

—Eso es. Acerté, ¿no?

—Sí. Es una buena psicóloga, la felicito.

—Dejemos ahora eso, señor Farrow. Le dije que le necesitaba. Y era

cierto.

—¿De qué se trata? ¿De qué yo también anuncie sus productos líquidos, capaces de ser injeridos en lugares sin gravedad?

—¡Oh! por Dios, no sea rencoroso y disculpe mis jugarretas. Esa publicidad la pagan bien. Tengo que hacerla. Hasta la gran Andrea Darlan necesita comer y vivir como todos.

—De acuerdo, olvidemos todo eso —suspiró Farrow. La contempló, interesado—. Dijo que era un caso de vida o muerte y que me necesitaba con urgencia. ¿Es exacto o exageró un poco?

—Es totalmente exacto. No me gusta exagerar en esas cosas, señor Farrow. Necesito su ayuda. Al fin y al cabo usted puede prestármela. Pertenece a la S.I.P., es un policía y...

—Espere un momento —cortó Farrow—. Soy un policía, pero estoy de vacaciones. Y tampoco puedo ayudar a la gente de forma extraoficial. La S.I.P. es una organización muy seria. Bastante daño le he causado ya con toda esta publicidad espectacular.

—No lo crea. La publicidad, a veces, es una compensación a tanta labor anónima. La gente recuerda ahora que existe un organismo policíaco llamado S.I.P., que vela por su integridad, que asegura la ley y el orden en la Tierra o en los espacios, y se siente segura y agradecida. Ya es algo.

—Dejemos el tema. No llegaríamos tampoco a un acuerdo. Hable de usted. ¿Qué apuros tiene? No creo que pueda auxiliarla, como espera, pero trataré de escucharla y sugerirle a quién se puede dirigir.

—Tal vez sea algo —dijo ella, pensativa. Se inclinó hacia el conductor del turbotaxi. Le indicó—: Siga adelante. Llévenos a cualquier sitio, amigo.

—¿Por ejemplo...? —indagó el hombre.

—No sé... —frunció deliciosamente el ceño la platinada joven—. Pongamos... a «Aerocity Park».

—¿«Aerocity Park»? —Farrow la miró de soslayo—. ¿La feria del espacio?

—Eso es —ella se encogió de hombros—. Cualquier sitio es bueno, ¿no cree?

—Sí, es posible —ahora fue él quien la imitó, encogiendo sus hombros con una expresión rara en sus ojos. Vio cómo el turbotaxi se remontaba, utilizando su sistema de turbinas de vuelo, y la Tierra fue quedándose atrás vertiginosamente—. Bien, hablemos de su caso sin más rodeos. ¿Qué le ocurre, señorita Darlan?

—Se lo diré en pocas palabras, señor Farrow —ella hizo una leve pausa. Parecía tomar aliento y valor para continuar con lo que tenía que decir—... ¿Qué diría usted de una persona que siempre supiese lo que va a ocurrir

mañana?

—Que era un prodigio digno de envidiarse —rio el joven—. Uno se podría hacer rico con apuestas, lotería y mil cosas más. Además, se podrían evitar desgracias, infortunios, disgustos...

—Pero suponga que, en vez de poder evitar nada de eso, uno sabe lo que va a ocurrir en el futuro y no puede evitar nada en absoluto. Las cosas serán como se han dicho, haga uno lo que haga.

—Bueno, en ese caso todo se reduce a presentir lo que ocurrirá, o cosa parecida. Me parece que, en tal caso, nadie sería demasiado feliz. Es mejor ignorar el futuro.

—Es lo que yo sostuve siempre. Pero tío Sandor no opina igual.

—¿Tío Sandor? ¿Quién es él? —se interesó Farrow.

—Mi tío. No lo es directamente, sino algo lejano. Es muy rico. Y, por desgracia, siempre sabe lo que va a suceder. Pero nada puede hacer por evitarlo. Adora esa facultad, y está enloquecido por ella. Vive solo para admirar el prodigio, nos hace advertencias, nos señala las cosas que van a suceder, y luego se divierte con nuestro estupor al realizarse tales cosas.

—¿Les advierte a los demás? —Farrow parpadeó—. Bien. Pero entonces, ¿por qué no son ustedes los que tratan de evitarlas? Usted tiene fuerza para eso. Difunda por la televisión lo que su prodigioso tío Sandor prevé para el otro día. La primera y la segunda vez es posible que se rían de usted. Pero a la tercera, al realizarse lo que usted advierte, la gente tendrá mucho tiento en tomarlo a broma y se apresurarán a luchar por impedirlo.

Andrea Darlan dejó vagar sus hermosos ojos por el azul espléndido, luminoso, del cielo que recorrían, rumbo a la estratosfera, donde se hallaría la plataforma orbital del Parque de Atracciones. Luego meneó negativamente la cabeza.

—Eso no resolvería nada —declaró finalmente—. Tío Sandor nunca sabe dónde o cómo van a suceder las cosas. Sólo sabe que eso sucederá. Y nada más. Al otro día, puntualmente, lo previsto sucede.

—Veamos, veamos. Sea más concreta. Por ejemplo: ¿qué clase de cosas conoce su tío por anticipado?

—Le voy a poner un ejemplo: hace poco tiempo nos dijo que le producía mucha pena saber que al otro día moriría tanta gente en una catástrofe ferroviaria. Asombrados, le dijimos que dónde sería eso. Él se encogió de hombros. Lo ignoraba. Había «visto» el accidente, un supertren saltando por los aires. Un ferrocarril blanco, de muchos vagones, forma de oruga y monorraíl. Usted sabe que hay centenares de trenes así en el mundo, e incluso en Luna-Término hay varios. El accidente ocurrió. Fue la catástrofe de Pennsylvania. El superexpreso saltó de su vía al hundirse el puente sobre un río y hubo muchas víctimas.

—Evidentemente es un ejemplo bastante gráfico. ¿Cómo le ocurren a él esas cosas? ¿Las sueña? ¿Las presiente o tiene una visión clara estando en una especie de trance o cosa así?

—Creo que se queda como en trance —aseguró Andrea—. En ese tiempo nadie puede decirle nada. Y luego, igual que si despertase de un sueño, nos anuncia las hecatombes que van a tener lugar.

Farrow preguntó:

—¿Siempre son sucesos trágicos?

—Casi siempre. A veces han sido otras cosas. Por ejemplo, ha presentido lo que alguien iba a hacer en un negocio determinado, o lo que alguna persona resolvería, por sorprendente que fuese.

—¿Y usted, con su visión de lo que es realmente sensacionalista, no ha llevado ese caso a la televisión?

—No. No lo llevaré nunca. Me da miedo. Aprecio a tío Sandor y no quisiera verle sometido a esa rara facultad que lo tiene como aturdido. Él es muy rico, tiene industrias y negocios y todo lo ha abandonado desde que encontró que era capaz de ver con antelación las cosas que sucederían al día siguiente. ¿Se da cuenta de lo que eso significa para nosotros?

—¿Quiénes son «nosotros»? —preguntó de súbito Farrow—. ¿Usted... y quién más?

—¡Oh! somos varios sobrinos. Arthur, Cameron, Julie y Skip. Además, está su administrador, Travers. Todos ellos le aprecian como yo, y sufren al verle como absorbido, hechizado por esa maldita facultad que le ha surgido.

—¿Hace mucho tiempo que tiene el don prodigioso?

—No. Antes era un ser normal. De súbito apareció en él esa facultad. No hará más de cinco o seis meses. Pero ese período de tiempo ha bastado para trastornarle el juicio, para hacerle abandonar todo y entregarse a su febril afán de saber, de presagiar, de adivinar el porvenir... Es como un influjo de Satán, señor Farrow. Sonará a ridículo, pero a veces pienso que el propio diablo le dio esa facultad.

—Incluso hoy en día, en que creemos saberlo todo, señorita Darlan, es posible que existan muchas cosas que escapan a nuestro humano saber y pueden pertenecer a otro mundo y otras fuerzas. Pero siempre he sido un poco reacio en aceptar nada como sobrenatural cuando podía ser explicado por medios naturales.

—¿Y usted encuentra explicación natural a un disparate como ése? Nadie adivina realmente el porvenir, ni siquiera los nigromantes ni los pitonisos que se dedican a ese oficio en las barracas de feria desde tiempo inmemorial. ¿Por qué precisamente tío Sandor iba a ser el dotado de tal facultad?

—Usted lo ha dicho. ¿Por qué él? —Farrow la estudió con expresión

penetrante. Luego añadió—: Usted, sin embargo, habló antes de que yo era policía. ¿Dónde cree que entra un policía si considera un caso como sobrenatural?

—Un policía puede ver más allá de donde ven mis ojos —musitó ella, sosteniendo su mirada—. ¿No lo cree así?

—Por lo menos no se demostró en nuestra entrevista —rio Glenn—. No sospeché la presencia de un microvideo hasta que lo descubrí en su emisión.

—¿Otra vez vuelve a eso? Por Dios, son trucos de periodista avispada. No tienen nada que ver con otras cosas. En otra ocasión nadie sería ya capaz de engañarle con truco alguno.

—Es posible. Volviendo a su caso, señorita Darlan, creo que necesita más un médico que un policía. ¿Ha consultado ya a alguno?

—Sí. Un psiquiatra y otro experto en dolencias cerebrales. Ninguno encontró nada anormal en tío Sandor. Sólo una fuerte tensión nerviosa, provocada por su facultad, y una abstracción que a veces es total y le aleja de la realidad. Pero cuanto se ha intentado para tratarle con medicamentos ha sido rechazado por tío Sandor rotundamente. Y él no es hombre que admita imposiciones.

—Ya veo —suspiró Glenn Farrow. Habían dejado atrás la atmósfera. Viajaban con el turbotaxi por la negrura espacial hacia la distante plataforma, cuajada de luminiscencia multicolor, que aparecía suspendida en el espacio, no muy lejos del «Space Stadium» donde tenían lugar los más grandes acontecimientos deportivos.

—¿Tiene alguna teoría o idea sobre el caso que le he expuesto? —preguntó Andrea con impaciencia.

—No sé aún —Farrow se encogió de hombros—. Déjeme reflexionar, señorita Darlan. Por cierto, yo reflexiono mucho mejor mientras me divierto. ¿Quiere divertirse un par de horas conmigo?

—¿Divertirme? ¿Dónde? —se sorprendió la reportera.

—Ya que usted ha dado como meta de nuestro paseo el Parque de Atracciones del espacio, ¿por qué no divertirnos allá? Sobrarán medios de hacerlo alegremente, ¿no cree?

—En efecto. En las ferias hay siempre toda clase de cosas divertidas.

—Sí. Incluso adivinos y gente que lee el porvenir —dijo Farrow, mirando con expresión penetrante a la joven.

Ella dio un respingo. Le miró, dilatando ligeramente sus fosas nasales. Parecía sobresaltada. Glenn sonreía, burlón.

—¿Por qué dice eso? —indagó Andrea.

—¿Por qué me trae usted a «Aerocity Park»? —replicó, tajante, el agente de la S.I.P.

Andrea se mordió el labio inferior, reflexionando algo contrariada. Terminó por sonreír, mirando fijamente, a su compañero.

—Usted gana —declaró—. Ya sale el policía, ¿eh?

—No era difícil advertir que no dio al azar esa dirección. Vamos al «Aerocity Park». Y yo me pregunto: ¿por qué?

—Tengo curiosidad por ver a otros adivinos que no sean el tío Sandor. Gente que se gana la vida prediciendo el porvenir por unas monedas. Tal vez ahí encuentre una clave.

—Está mintiendo —replicó con frialdad Farrow.

—¡Vuelve a hablar ofensivamente! —se engalló Andrea, irritada.

—Usted quiere ayuda. Sea sincera entonces. Olvide a la periodista y todo eso. Además, si realmente ha mentido, no tiene por qué ofenderse, ya que le digo la verdad. Y yo sé que miente al decir eso.

La muchacha preguntó:

—¿En qué se funda?

—En que su interés por ir a la Feria precisamente conmigo es otro muy distinto. ¿Va a decírmelo, o prefiere que indique al chófer que regrese y usted se las arregla a solas con su prodigioso tío Sandor?

Hubo un silencio cargado de violencia. La joven y famosa periodista de la TV no estaba complacida por el curso de la charla con Farrow. Pero al final cedió su mal humor, inició una sonrisa y retrepó su plateada cabeza en el asiento espumoso del vehículo.

—Derrotada, Farrow. Éste es su justo desquite por mi jugarreta de antes. Ha demostrado que es más listo que yo.

—Sus elogios y alabanzas me dejarán indiferente y no le servirán para dorar de nuevo la píldora —avisó Farrow secamente.

—¡Oh! es usted un hombre terrible —ella entornó los ojos verdes, centelleantes, con peligrosa suavidad—. Lástima que sea tan guapo y tan inteligente. Me gusta usted, Farrow.

—Me parece una estupidez que le guste. No nos conocemos. Deje de hablar tonterías y vaya al grano. ¿Hemos venido a hablar de gustos o del misterioso asunto?

—Cielos, es un hombre de piedra —se lamentó la bella Andrea. Agitó la cabeza y un largo mechón de pelo de plata cubrió la mitad de su rostro. La roja boca tuvo un gesto de desencanto. Farrow tuvo que admitir que estaba realmente hermosa—. Bueno, le diré la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, como se dice en estos casos. Le llevo a la Feria, señor Farrow, porque en ella hay alguien a quién me interesa mucho ver y conocer.

—¿Quién es?

—Mara, «La Fantástica».

—¿Una mujer?

—Sí.

—¿Tiene alguna atracción?

—Adivina el porvenir. Lee el futuro de sus dientes en un espejo mágico, que sólo a ella ofrece el enigma. Es lo que dice la publicidad, claro está.

—¿Por qué quiere ver precisamente a esa tal Mara? Habrá otros muchos adivinos.

—Sí, pero a mí me interesa ella.

—¿Hay una razón?

—La hay. Tío Sandor mantiene relaciones secretas con una mujer. Es algo más que una sospecha. Ha sido vista con ella en una ocasión, dentro de un turbomóvil. En otra le tomaron una telefoto por pura casualidad al estar cerca de un lugar donde se desarrollaba un acto público. He logrado una copia de esa fotografía. La tengo conmigo.

Extrajo de un bolsillo insospechado en su ceñido atavío una cartulina brillante, una magnífica telefoto en color, captada muy distante, pero gracias al teleobjetivo, con toda nitidez, que luego le permitió ser ampliada perfectamente.

Se la tendió a Farrow. El joven agente de la «Spacial International Police» contempló a las dos personas que, cogidas del brazo, entraban en un turbomóvil, captadas limpiamente por la cámara.

El hombre era alto, atlético, de cabellos grises, casi color de metal, abundantes y crespos, sobre la faz ancha, maciza y dura, de agudos ojos claros. Comprendió que tío Sandor no podía ser fácil de manejar ni muchísimo menos.

En cuanto a la mujer, era joven y muy hermosa. Sus cabellos tenían un negro azulado, eran largos y lisos, en torno al óvalo pálido de su faz, de grandes ojos color pardo, recta nariz y boca bien dibujada. Vestía un atavío negro de sedaplast, totalmente ceñido a su cuerpo y cerrado hasta el largo y esbelto cuello. Era una mujer que producía impresión nada más verla. Además de ser una mujer hermosa, era inquietante, sin saber por qué.

—Tiene una buena fotografía —declaró—. ¿Para qué quiere ver a esa adivina de «Aerocity Park»? ¿Para qué le diga quién es la guapa compañera de tío Sandor?

—Eso no necesito que me lo diga nadie. Si voy a ver a Mara «La Fantástica»... es porque esa mujer que acompaña a mi tío... es Mara «La Fantástica».

CAPÍTULO IV

LA FERIA DEL ESPACIO



ASEN, AMIGOS! ¡LA GRAN FERIA DEL ESPACIO LES ACOGE CON MIL SONRISAS Y PLACERES QUE LE HARÁN SER FELIZ DURANTE UNAS HORAS INOLVIDABLES! ¡«AEROCITY PARK» TIENE TODO LO QUE A USTED LE GUSTA! ¡CRUCE ESTA PUERTA Y OLVIDE SUS PREOCUPACIONES! ¡BIEN VENIDO, AMIGO!

Era el gran titular centelleante que se leía desde el espacio, muy lejos aún de la plataforma espacial, deslumbrante de luz, de música y de burbujas flotantes, luminiscentes, que emergían de cada rincón de la gran plataforma circular en órbita y se elevaban en el negro del espacio, hasta estallar y convertirse en nada.

Luego esas mismas palabras de cordial acogida se repetían en los oídos, difundidas por potentes amplificadores en todos los idiomas del mundo y también en lenguaje internacional.

Al cruzar las grandes puertas de la Feria, Glenn Farrow y Andrea fueron obsequiados con dulces, cremas heladas, muñecos plásticos, lanzaburbujas de luz en diversos colores y una serie inacabable de objetos que hubieran hecho las delicias de los niños. Y, desde luego, no eran precisamente niños los que faltaban en la gran Feria espacial.

Allí la oscuridad eterna e insondable del vacío, del gran espacio sideral, próximo aún a la Tierra, que era un inmenso globo verde-azul, cubierto del gas atmosférico, no existía virtualmente, al emerger la luz de todas partes y convertir en una ascua el audaz proyecto de montar en el espacio un Parque de Atracciones equidistante para todos los países terrestres, y dotado de las mejores atracciones mundiales.

—Lástima que no traiga su «microvideo» —dijo Glenn Farrow burlonamente mientras avanzaban sobre las serpentinas electrónicas, de automatismo absoluto, que impedían fatigarse al visitante de la Feria, trasladándole por ella sin que tuviera que dar éste un solo paso—. Sería hermoso grabar todo esto, con su luz, su color y su bullicio, para que los televidentes se sintieran sugestionados y acudiesen. Seguramente los empresarios de este parque pagarían gustosos esa publicidad. Jamás vi luces y colores tan bellos y deslumbradores, ni me sentí sumergido en un ambiente tal

de alegría, despreocupación y júbilo general. Esa música que flota por doquier, las burbujas luminiscentes... e incluso creo que debe de haber un fluido, un gas abundante en oxígeno, que nos hace sentir más ingrávidos y felices...

—Su idea es buena, Farrow —aprobó ella—. Sé quién tiene un «microvideo» aquí. Venga, grabaremos todo esto. E incluso será bueno captar a Mara «La Fantástica» en su charla con nosotros.

—Si ella es la mitad de buena adivinadora que dicen los carteles no le servirá de nada su «microvideo». Lo descubrirá enseguida.

—Es que yo dudo mucho de la autenticidad de esos pretendidos adivinos.

—¿Y de la de su tío no?

—Es diferente. Tío Sandor ha demostrado ser un auténtico adivino.

—¿Cree que ella puede influir en él o revelarle lo que presagia y por eso tío Sandor conoce lo que sucederá mañana? —sugirió pensativo Farrow.

—No. Eso demostraría que ella es demasiado buena para actuar en una simple feria. Las dotes de tío Sandor son muy distintas. Quizás es él quien sugiere cosas a Mara. Y ella se aprovecha de la facultad de mi tío.

—¿Por eso quiere verle? ¿Para saber hasta qué punto conoce ella las facultades reales de su tío, y si existe medio de orientarse a través de la tal Mara?

—Es, justamente, lo que pretendo, Farrow. Es usted muy listo.

Glenn no dijo nada. Acompañó a la joven hasta un pabellón de aluminio y vidrio, destinado a radio, televisión y estereofonía. Ella exhibió una tarjeta de identidad, extraída del mismo inverosímil bolsillo de donde extrajera la fotografía, y fue atendida por un empleado obsequioso, del Departamento Internacional de Electrónica y Radio, el cual le hizo firmar un recibo y le entregó un estuche plano, de plastmetal.

Al abrirlo, Farrow vio uno de los discos casi planos, circulares, llamados microvideo. Ella lo exhibió, sonriente.

—En marcha, amigo —dijo con buen humor—. Vamos a grabar infinidad de cosas, y luego veremos a nuestra amiga Mara, «La Fantástica», reservándole especialmente a ella unos metros de nuestro «video».

Ajustó el disco como si fuese un colgante o un alfiler sobre su ropa, con experta mano que denunciaba su práctica en tales argucias. Farrow sonrió, meneando la cabeza de un lado a otro, y cogiéndola del brazo, solamente comentó:

—En marcha, bella chismosa. Creo que jamás se corregirá usted de sus trucos de periodista avispada...

Ella rio de buena gana y caminó junto a él, comenzando a funcionar el video cuando se detuvieron ante la caseta-atracción de un ilusionista, de un formidable imitador de voces y de una excelente acróbata, llamados

respectivamente «El Gran Spaak», «El Magnífico Kraal» y «La Grandiosa Lydia». Al parecer, en sitios como aquél, todos utilizaban parecidos términos de calificación para sí mismos, observó con ironía Farrow.

De súbito, se detuvieron, poco después de dejar atrás otra serie de barracas de atracciones.

Ante ellos, aparecía una, recubierta de luminiscencia dorada, con un gran rótulo campeando en letras de luz verde: «Mara, La Fantástica. ¡Conozca el futuro con ella!».

—Ahí está —dijo simplemente Glenn Farrow—. ¿Vamos, Andrea?

—Vamos allá —asintió enérgicamente la joven periodista de la TV.

* * *

Era aún más hermosa y más inquietante que en la fotografía tomada junto al notable y supervidente tío Sandor.

El local de «Aerocity Park» donde recibía a su clientela estaba preparado con todas las galas propias de los farsantes que pretenden rodearse de un ambiente de misterio muy productivo. Abundaban las luces indirectas, los efectos de sonido y los fondos de mascarillas espantosas, figuras de ultratumba y cicloramas negros, densos, en cuyo fondo todo engaño se disimulaba bien y hasta parecía real.

Farrow lo contemplaba interesado.

Una luminiscencia verdosa caía sobre la faz pálida, inexpresiva, solemne. Ante ella, sobre un tapete de paño negro, un extraño espejo fosforescente, de superficie tornasolada, parecía ser el medio que la «Fantástica Mara» tenía de ver el futuro, de adentrarse en el mundo incógnito de una cuarta dimensión tan efectiva como era la lectura del porvenir.

—Adelante, mis visitantes —dijo, con énfasis digno de un intérprete de teatro, clásico—. Sentaos, y esperad a que el Oráculo de Mañana me susurre al oído los secretos de aquello que aún no ha sucedido, pero que inevitablemente ha de suceder.

Andrea Darlan iba a replicar viva, eficazmente. Pero la mano firme de Glenn la sujetó la muñeca con energía. Miró ella, y encontró una expresiva negativa en los ojos de Farrow. El joven agente de la S.I.P. movió la cabeza de izquierda a derecha y sonrió. Andrea entendió y no dijo nada. Sentándose, en una butaca muelle, quizás incluso demasiado muelle, frente a la mesa mágica de la pitonisa. Farrow lo hizo junto a ella.

La escrutadora del mañana les contempló fija, largamente. Luego, sus manos largas, sensitivas, de uñas afiladas, pintadas de un violeta de reflejos dorados, hicieron unos ademanes cabalísticos sobre el espejo. En la sala, una musiquilla suave se percibió, y flotaron burbujas, más o menos como las exteriores, pero orientadas por algún oculto mecanismo, de forma que pareciesen danzar en el aire, en torno a los rostros fantasmales de los tres

ocupantes de la cámara. Glenn casi sintió ganas de reír. Aquello era ridículo. Pero Mara parecía tomárselo en serio. Hasta qué punto sería eso, era algo que Glenn no podía señalar.

—Voy a leeros vuestro futuro, si creéis en mí y en él. Si sois escépticos, será mejor que os vayáis. Yo no admito en mi santuario de maravillas a quienes sólo vienen a él en busca de diversión indigna o de burla sacrílega.

Mara era una buena actriz. Casi le convencía a uno, si era impresionable o demasiado ingenuo. Pero el lenguaje aprendido de memoria era ridículo. No estaba a tono con la época. Un ser del siglo XXI necesitaba algo más para dejarse impresionar.

Estaba mirando al espejo. Éste, como si en vez de ser tal fuese la luz de un foco escénico, varió de tono. Despidió una luz dorada, que pronto se tornó de un vivo naranja, y terminó en rojo intenso. Mara parecía ver, escuchar algo, en los parpadeos difusos del espejo. De pronto se irguió, alzó sus manos en el aire y pareció un singular espectro, de largo y azulado cabello.

—Vosotros, impíos —declaró, con voz sorda—. Andrea Darlan, periodista de televisión y Glenn Farrow, agente de policía, vinisteis aquí sólo por burlaros de mí, o por dudar de mi magia. ¡Marchaos enseguida! ¡El Oráculo está furioso y se niega a revelar sus secretos a los incrédulos!

Farrow captó la mirada de sorpresa de Andrea. Pero no era él otro de los sorprendidos. Estaba mirando fijamente al espejo, siguiendo sus parpadeos fugaces, espasmódicos casi. Luego, de súbito, saltó sobre Mara, «La Fantástica». Ella gritó, retrocedió, con ojos dilatados y ademanes de gran trágica en la escena cumbre de un melodrama de cien años atrás.

—¡Espera, pequeña bribona! —silabeó Farrow agudamente—. ¡Vamos, deja de mirar al espejo de luz! ¡Hasta un tonto descubriría que esos parpadeos son lenguaje Morse, y en él te están transmitiendo desde otro punto nuestros nombres e identidad!

—¡Maldito! ¡Maldito impío! —chillaba la pitonisa, delirante de furia—. ¡Marchad de aquí, no enfurezcáis a los poderes sobrenaturales para que caigan sobre vosotros!

—Glenn, tal vez se equivoca —aventuró Andrea, vacilante—. He visto esos parpadeos. No significan nada. Podrían ser puntos y rayas, pero carecerían de sentido las palabras que...

—No sea necia, Andrea —cortó Farrow, tajante—. Utilizan una clave, no es realmente lenguaje ordinario. Hablan en un sistema especial, pero utilizando el Morse. Mara es una farsante.

—¡Abusa de su autoridad! —se enfrentó Mara a Glenn—. ¡Usted abusa, porque es policía, pero nada puede contra el poder supremo de más allá de las sombras y de...!

—Escuche, Mara —atajó Glenn, muy seco—. Su farsa no tiene valor alguno para mí. Yo sé que todo esto es fingido. No sólo estamos en una

barraca de feria, sino, además, en el lugar donde la amiga de Sandor inventa sus triquiñuelas. ¿O también va a negarme eso?

Mara se asustó, evidentemente. No esperaba eso. Dilató sus ojos, empezando a recular. Tras ella, había un cortinaje espeso, de color verde. Glenn avisó:

—¡No escape, o será peor para usted! Tengo que preguntarle algo... en nombre de la Ley.

Eso acabó de asustar a la pitonisa. La morena, bella mujer, saltó atrás. Su exótica faz desapareció tras la cortina verde, su figura sinuosa, totalmente ceñida en negro, se eclipsó más allá de la cortina. Farrow, rápido, saltó en pos de ella.

Penetró, como una centella, entre las ondulaciones del terciopelo plastificado, que ocultara a la fugitiva con celeridad. Se encontró en un lugar oscuro, impenetrable. Podía ser una cámara o un corredor, no había forma humana de saberlo, una vez sumido en sus tinieblas.

—¡Farrow, no se arriesgue! ¡Vuelva! —gritó, a espaldas suyas, la voz aguda de Andrea.

Pero no iba a dejar huir a la morena belleza. Hendió las tinieblas con su atlético cuerpo, en busca de Mara. Casi enseguida chocó con un cuerpo. Éste se movió, sintió el impacto en carne humana, palpitante y cálida, y rápido estiró los brazos, rodeó la forma humana, rugiendo entre dientes:

—¡Se lo advertí, amiguita! ¡No debió escapar! ¡Ahora la S.I.P. le va...!

Sufrió una violenta, imprevisible sorpresa. Jamás Farrow pudo imaginar que un cuerpo flexible, femenino, de limitada resistencia, fuese capaz de aquello. Pero de repente la forma humana sobre la que cayera se revolvió, con la potencia y vigor de un hércules. Unos brazos macizos le asfixiaron con su abrazo, unos músculos titánicos se crisparon bajo su presión y una rodilla durísima le pegó brutalmente en el mentón.

Después, Farrow se rehízo e intentó luchar. Pero era en vano. Porque la fuerza física de su contrario era quizá cien veces superior a la suya, o al menos así lo parecía, pese a que Glenn era un auténtico atleta, capaz de luchar de cualquier forma.

Una mole humana de músculos de acero embistió de nuevo contra él. Un amazacotado manojo de tendones, nervios, fibras y musculatura hinchada pegaron en su rostro, en su plexo, en su vientre. Sintió oscilar todo, en la oscuridad que se enroscaba en torno suyo. El impacto se repitió, agotador. La respiración le faltó, osciló el suelo bajo sus pies y jadeó, en busca de un poco de aire.

Fue entonces cuando el cíclope de las sombras, que en modo alguno podía ser Mara, le asestó un doble mazazo final en la nuca y el rostro. Glenn Farrow sintió brotar algo cálido y denso de su nariz y boca, y un zumbido estremecedor y agobiante penetró a oleadas en su cerebro, desde las

martilleantes sienes y los ojos, salpicados de luces cegadoras.

Después, no sucedió ya nada. Se derrumbó sobre algo sólido, doloroso, que tal vez era el suelo, aunque no podía estar muy seguro de ello. Las sombras le invadieron arrolladoras.

Le habían derrotado.

Y ya no supo nada más. Ni de la Feria del Espació, ni de Mara, «La Fantástica», ni de su compañera de excursión, Andrea Darlan...

* * *

—Mi pobre policía malherido... ¿Se empieza a encontrar ya mejor? ¿O aún viaja por los reinos de la oscuridad?

Glenn Farrow torció el gesto. Esto le hizo sentir un dolor lacerante en la nariz, en la boca, el cuello y mil sitios más. Le costó algún tiempo rehacerse, cerrando de nuevo los ojos.

Gracias al fuerte olor a reactivo y a la sedante suavidad de un roce sobre sus puntos dañados, logró rehacerse por fin y mirar entre sus entornados párpados a la muchacha inclinada solícitamente sobre él, de ávido gesto y expresión risueña.

—¿Usted, Andrea? —masculló, reconociendo a la periodista—. ¿Dónde diablos estoy ahora?

—En mi casa de Nueva York —rio ella suavemente, con una expresión de alivio en sus centelleantes pupilas verdes—. ¿Se siente ya mejor?

—No del todo, pero algo es algo... —suspiró, meneando la cabeza, aunque el dolor le aguijoneó de nuevo al hacer ese gesto—. ¿Qué ha pasado, Andrea?

—No lo sé. La verdad, es que nadie lo sabe. Debió de chocar contra una mole de granito, a juzgar por los resultados. Y ahora, está aquí. Le trasladé en un turbomóvil, con la cara llena de sangre y totalmente inconsciente. Ahora espero que esté bien.

—Podía estar peor —jadeó—. ¿Y Mara?

—La pitonisa ha desaparecido. Di cuenta de ello a la policía. Una patrulla de la S.I.P. se dedica a buscar su rastro. Y también el de «Goliath», un hercúleo vecino de la tal Mara, que se dedicaba a hacer exhibiciones de fuerza en la caseta inmediata a la de nuestra guapa pitonisa.

—¡«Goliath»! —Farrow enarcó las cejas, y también eso le costó un vivo dolor en toda la faz—. Ese tipo debió de ser el que...

—¿El que se encontró en el pasillo, en vez de Mara? Seguro, Glenn. La chica huyó por allí, asustada. Y el gigantón forzudo de al lado apareció de algún modo, a tiempo de cubrirle la retirada y darle a usted una buena paliza. Siento que la S.I.P. haya quedado esta vez en entredicho.

—No diga tonterías. Yo no soy la S.I.P. Soy solamente un miembro de ella, un simple agente que está de vacaciones y se metió de cabeza en un buen lío. Pero ahora eso nos da una pista. La tal Mara falta a la Ley, se asustó al ver

a un policía allí, porque alguien la avisó, gracias al sistema de Morse con luces oscilantes, y aún se asustó más al nombrar yo a su tío Sandor. Huyó, y alguien la protegió por la fuerza. Estamos sobre la pista de algo que no es limpio, Andrea, y en lo que de un modo u otro entra la especial sabiduría futurista de su querido pariente.

—¿Usted cree?

—Estoy convencido. La desaparición de Mara y de su vecino, que sin duda era un guardaespaldas puesto allí por alguien, para una emergencia similar, así lo confirman. Dios quiera que, por lo menos, la cosa termine ahí.

—¿Qué quiere decir? —se alarmó Andrea.

—Nada. Pero me gustaría ver cuanto antes a su tío Sandor. ¿Cuánto será posible eso, teniendo en cuenta que yo me ausento mañana mismo para Luna-Término, a empezar mis vacaciones?

—¡Oh! será difícil... —ella consultó su reloj de anillo—. Son ahora las diez y media de la noche. Tío Sandor acaso duerma, si no está estudiando en su biblioteca, o sumergido en algún trance ¿Quiere que vayamos a verle? ¿Justamente ahora?

—Sí, Andrea —Farrow la miró gravemente, incorporándose—. Justamente ahora... si ello es humanamente posible. Temo que, de dejarlo para más adelante pudiera ser demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? —Andrea Darlan se estremeció—. No le entiendo, Glenn... ¿Qué quiere decir con eso?

—No sé. Pero Dios quiera que no esté en lo cierto en mis sospechas... Me temo que su tío Sandor... corre grave peligro en estos momentos.

CAPÍTULO V

EL TÍO SANDOR



RA una edificación circular, con no más de seis pisos asimismo circulares, de galerías encristaladas, de armazón aluminizada, bajo el techo hemisférico, blanco y metálico, con superficie plastificada, hermética al frío o al calor. Junto al edificio en círculo, una piscina oblonga, de aguas teñidas de tono magenta, luminiscentes desde el fondo, jardincillos artificiales, de hojarasca y

césped violáceo, en el que se había suplido la clorofila por otro colorante diluido en el aire. Y todo ello, cercado por vallas de cables eléctricos.

—Ahí vive tío Sandor —dijo Andrea, deteniéndose entre la piscina y los campos de césped violáceo—. ¿Cree que debemos entrar, a pesar de la hora?

—Eso, usted misma ha de resolverlo —sonrió Glenn, mirándola con aire pensativo—. Yo no conozco a su tío. Ni a los demás parientes.

—¡Oh! ellos no me preocupan. Mis primos Julie y Skip siempre están divirtiéndose por ahí. Son dos muchachos muy modernos. Arthur y Cameron viven en la última planta superior, aislados de los demás, y su administrador y ayudante, Moss Travers, se retira pronto a descansar. De modo que no se preocupe demasiado. Tío Sandor estará virtualmente solo. Es por él por quien temo. Es tan raro, especialmente en estos últimos tiempos...

Glenn Farrow asintió lentamente. Luego, echó a andar hacia la galería inferior, iluminada de un tono rosado, que automáticamente se convirtió en verde esmeralda, al pisar él las losas tersas, espejeantes, del porche. Caminó bajo las columnillas iluminadas, de un tono dorado, con reflejos verdosos, que daban su color a la luz del porche circular.

Andrea le siguió, con una expresión risueña. Parecía gustarle que Glenn se resolviera, pese a todo, a pisar la vivienda de tío Sandor.

Glenn se detuvo de súbito. Habíase encontrado con una puerta circular, de metal plástico, con un rótulo sobre ella, en letras doradas: «Sandor Hércules. No pasar».

Se volvió, con una interjección, y clavó sus ojos en Andrea.

—¡Sandor Hércules! —masculló—. ¡Es Mr. Hércules!

—Claro que es Mr. Hércules —ella sonrió, como si lo ignorase, con expresión inefable—. ¿Es que no se lo había dicho?

—Cielos, no... Sandor Hércules. Uno de los hombres más ricos de los Estados Unidos. Se dice que su fortuna pasa de los mil millones de «créditos»...

—Eso dicen. Pero nunca debe hacerse caso de lo que el vulgo dice, Farrow.

El agente dijo:

—Yo no hago caso. Pero sé que Sandor Hércules es inmensamente rico. ¿Es él su tío?

—Claro. Tío Sandor. Solterón, rico y poderoso. Y, por si eso fuera poco, adivino, lector del porvenir. Un hombre portentoso, por donde se le mire.

Farrow no dijo nada. Avanzó hacia la puerta. Se detuvo en ella y volvió la cabeza hacia Andrea. Tras un silencio, demandó:

—¿Se puede llamar, o al tocar la puerta le disparan a uno un dardo?

—No exagere —rio ella—. Pero todo podría suceder con tío Sandor. Será

mejor usar el sistema normal: una llave. Tómela.

Era una llave magnética, de forma cilíndrica. Farrow la tomó, de manos de Andrea, y la aplicó a la cerradura circular. Bastó un simple contacto, a dos pulgadas de distancia, para que la carga magnética de la llave hiciera su efecto en el electroimán de la entrada. La puerta circular se deslizó, rodando sobre una vía invisible. La puerta estaba franca.

Se iluminó automáticamente un vestíbulo confortable, con una tamizada luz rosada. Glenn y ella entraron. Miraron en torno, a los muebles de metal cromado y tapizado de plástico rojo intenso, color de sangre. Los muros eran luminiscentes, plastificados y suaves, con paisajes en color dentro de sus paneles de vidrio.

—Una bella casa —ponderó Glenn, pensativo—. ¿Y su tío? ¿Hay que recorrer muchas millas para dar con él?

—No —dijo Andrea. Señaló a una puerta metálica, plateada—. Basta ese ascensor. Lleva directamente a la antecámara de la vivienda y dormitorio de tío Sandor. Él estará allí, a no dudar. Dormido o despierto, estará.

—Supóngase que duerme.

—Entonces, un «robot» nos detendrá con una campana electrónica y nos avisará, con la voz del propio tío, grabada en cinta magnetofónica: «Vuelvan otro día y a otra hora. Sandor Hércules descansa».

—¿Y el que no acepta esa amable invitación a largarse?

—El «robot» tiene instrucciones especiales, entonces —sonrió ella—. No creo prudente averiguar cuáles son.

—Yo, desde luego, no seré quien trate de hacerlo —refunfuñó Farrow, mirando en torno con cierta aprensión—. Probemos, sin embargo.

Entraron. El ascensor era todo él rojo, tapizados de espuma y aire muros y suelo. La sensación en él era confortabilísima, apenas real. Como si uno tuviera alas y volase blandamente.

Cuando salieron, Glenn se encontró en una antecámara dotada de divanes y asientos de aire, sobre soportes magnéticos de vacío. Así, todos los muebles parecían flotar en el espacio, cuando en realidad eran sólidos y firmes, dotados de gran comodidad.

—Creo que tío Sandor está despierto —dijo Andrea, señalando a la rendija de luz de la puerta, situada al fondo de la antecámara—. Además, la «voz-robot» no suena. Es buena señal.

Glenn se detuvo ante esa puerta. Miró a Andrea, en busca de instrucciones. Ella, en vez de dárselas, fue derecha a la puerta y presionó un oculto resorte en su rendija lateral derecha, junto al muro. La puerta se deslizó.

En aquella casa todo era moderno.

Dentro de la cámara o despacho, con los muros repletos de libros, estanterías de microfilms, bibliotecas parlantes y cinematográficas, televisión,

radio y magnetófonos de todas clases, estaba el mismo hombre de la fotografía con Mara. Alto, gigantesco, atlético, con su nariz aguileña, sus ojos duros y estrechos, y su cabello crespo, abundante, del gris del acero.

Se volvió vivamente, haciendo girar automáticamente su asiento de roja espuma, sobre un soporte o barra cromada de acción independiente. Se quedó mirándoles con fijeza, sin reflejar sorpresa, agrado o molestia. Simplemente, como si esperase que ellos iban a llegar de un momento a otro. O tal fue la impresión que Glenn se llevó, al ver por primera vez ante sí a Sandor Hércules, el hombre más rico y poderoso de la nueva industria norteamericana de los albores del siglo XXI.

—Buenas noches —saludó, con voz reposada y seca—. ¿A qué debo este honor, querida sobrina Andrea?

La reportera de televisión podía ser muy vivaz y oportuna en su labor. Pero ante su magnificente tío no fue capaz de responder en esta ocasión. Y tuvo que ser Glenn Farrow quien lo hiciera, viva y algo duramente:

—Para un hombre que lee en el porvenir, señor Hércules, no debe ser difícil adivinar lo que les trae a su casa a su sobrina y a un desconocido. ¿O tal vez sí?

Sandor Hércules contempló con expresión ceñuda, agria, al que hablara. Glenn soportó lo poco amistoso de la ojeada, sin descomponer su sonrisa cínica. Andrea parecía repentinamente impresionada por la personalidad formidable de su tío.

—No debiste hablarle de mis facultades, querida Andrea —dijo plañideramente Sandor Hércules—. Pero eso ya no tiene remedio. ¿Por qué buscaste a este hombre para ayudarte? No necesito policías. Nadie necesita policías. Y yo, menos que nadie. Me queda poca vida, Andrea... Muy poca. Puedo morir mañana. Es más, estoy seguro de que voy a morir mañana...

—¡Tío Sandor! —se alarmó ella—. ¿Es que te has vuelto loco? ¿Cómo dices esa tontería?

—No es tontería —la cabeza gris se movió de un lado a otro, enfática, segura de sí—. Tú sabes que yo conozco el futuro, que leo mi porvenir. Sé lo que ocurrirá mañana. Y sé que he de morir. Moriré mañana, sobrina querida...

Andrea, angustiada, miró a Glenn Farrow. Éste, de repente, había hecho una cosa extraña. Echó una ojeada rápida, violenta casi, al reloj-anillo del dedo de Andrea. Silabeó:

—¡Las doce, Andrea! ¡Las doce de la noche!

—Sí... ¿Y qué, Glenn? —se asombró la joven, desconcertada.

Farrow no añadió más. Saltó vivamente, hasta caer junto al supermagnate de la industria americana. Miró la mesita de laca que, cerca de él, exhibía una botella de licor y dos copas azules, de vidrio metalizado, Había también un cenicero de oro macizo, con dos cigarrillos de boquilla plateada. Uno ardía

aún. El otro, estaba consumido, pero con una larga línea de ceniza, hasta consumirse, situado frente al que todavía despedía una hilera de humo. Un paquete de cigarrillos de boquilla plateada aparecía junto a Sandor. Se leía, en su brillante superficie plástica, de color verde: «Cigarrillos Hércules. Manufactura especial para Sandor Hércules».

—¡Espere! ¡Ese licor!... —rugió, llevándose su copa a los labios. Sorbió un poco del licor que aún quedaba en el fondo. Unos posos azules se agitaron en la bebida verdosa. Glenn escupió al suelo—. ¡Le han envenenado!

—¡Glenn! ¿Qué dice? —gritó, asombrada, Andrea Darlan—. ¡No es posible!

—Hay veneno en esa copa, Andrea... —la mostró, con gesto de horror. Se volvió hacia Sandor Hércules, que le contemplaba con estúpida rigidez, muy abiertos sus ojos metálicos, duros, sin moverse de su asiento de espuma roja —. ¡Hay veneno en su bebida, Mr. Hércules! ¡Y usted, ciertamente, morirá mañana! ¡Pero mañana es hoy! ¡Ya han pasado las doce! Una vez más, acierta usted... incluso en su propia muerte.

* * *

La horrible, espantosa noticia, tardó en penetrar en la mente de Sandor. Acaso porque su mente ya empezaba a sentirse atrofiada por el veneno activo que alguien había introducido en su bebida.

Andrea miraba fija, obstinadamente, a su tío inmóvil. La palidez de éste cobraba de pronto su real aspecto de muerte inminente. No era la palidez de un hombre poco habituado a encararse con la luz solar, sino la de un hombre que disponía de poco tiempo de vida.

—Yo... voy a morir... —jadeó el multimillonario Hércules—. Pero... no es un veneno... Es porque... porque llegó mi hora, Andrea. No hagas caso a ese hombre. Sin duda está loco...

—¿Loco? —Glenn Farrow le tendió su copa—. ¡Huela esto! ¡Está mezclado con citramonio, el veneno más activo hallado en los vegetales de Marte! ¡Una sola gota basta para morir un hombre! ¡Y son varias las gotas que tiene ese licor! ¡Huela y sentirá su aroma a limón amargo!

Los ojos de Sandor Hércules, clavados en el agente de la S.I.P., no expresaron nada. Pero de repente su epidermis rezumaba sudor y sus labios, sin color, se contraían. Irguióse un poco en el asiento, con dificultad. Parecía desafiar a Glenn.

—No, no... —silabeó—. Usted miente, usted pretende negar mis dotes de adivino, de lector del porvenir, maldito entrometido...

—No miento, y empieza a darse cuenta de ello, aunque se niegue a admitirlo —replicó Glenn Farrow duramente—. Usted siente ahora los fuertes dolores de estómago que son indicio claro de que la muerte se aproxima. El

citramonio provoca esos dolores... igual que una sequedad extraña en la boca, un frío pegajoso en todo el cuerpo... ¡Vamos, no sea hipócrita y admítalo! ¡Está envenándose... y lo sabe!

Esta vez, el impacto de las palabras de Glenn Farrow fue certero. El millonario se retorció, con los ojos dilatados, y su labio inferior tembló. Quiso erguirse, pero no le fue posible. No era capaz de sostenerse ya en pie. Pero aun así, todavía hubo en él un rasgo de rebeldía, de fe ciega hacia sus poderes, discutidos por aquel extraño. Y gruñó roncamente:

—¡Es fácil decir eso! ¡Usted cree en un veneno porque me siento enfermo! ¡Esos síntomas pueden ser de una enfermedad! ¡Sea capaz de describir otro síntoma, que pueda ser atribuido al citramonio, un síntoma que yo esté experimentando ahora... y creeré en lo que dice!

Glenn no tardó en describirlo. Incluso era fácil para él, a pesar de ser profano en toxicología, salvo las nociones generales de todo agente de la «Spacial International Police» recibe de todas las ramas científicas, durante su duro aprendizaje en la Escuela de Washington. Lo hizo con palabra seca, tajante:

—Parálisis, señor Hércules...

—¡Nooo! —aulló, lívido, el millonario.

—¡Parálisis, sí! —replicó Glenn, virulento. Andrea, instintivamente, ante la terrible escena, se había acurrucado contra él, como buscando protección entre sus brazos. Farrow la ciñó contra sí con un solo brazo, mientras extendía el otro, señalando implacable al hombre de fortuna que agonizaba frente a él —. ¡Está sintiendo paralizarse sus miembros! ¡Primero fueron sus piernas, ahora sus brazos, su cintura, su cuello! ¡Cuando todo eso llegue al corazón y al cerebro, dejará de existir! ¡Y no puede hacerse nada por usted!

—¡Es preciso hacerlo, Glenn! —gimió Andrea, convulsa—. ¡Tenga compasión, por el amor de Dios! ¡Tío Sandor ha sido siempre un buen hombre! ¡Un médico, una ambulancia, algo...!

—Todo será inútil, Andrea. Puede llamar al visófono, pero no logrará nada. El citramonio carece de antídoto. Esa gente sabía bien lo que se hacía, cuando echó las gotas de ese veneno marciano en el licor de su tío...

—¡Tío, tío, escucha! —gritó Andrea, lanzándose en brazos del infortunado agonizante—. ¡Ahora ya sabes que todo eso de presagiar el futuro es un embuste, un fraude! ¡Sabes que nadie es capaz de ver el mañana! ¡Hemos ido a la Feria Espacial, a ver a Mara, y ella ha huido, asustada! ¡Han hecho algo contigo, tío Sandor! ¡Y debes decir lo que es! ¡Debes hablar... antes de que sea tarde!

—Sí, Mr. Hércules. Hable lo antes posible —exigió Glenn—. Díganos lo sucedido. Sobre todo: ¿quién estuvo aquí esta noche, antes de nosotros? ¿Con quién bebió licor, a quién invitó a cigarrillos de los suyos? Esa persona es la que le envenenó despiadadamente, compréndalo...

—No... Imposible... —musitó ronca, espasmódicamente, dejando caer la cabeza gris sobre el respaldo de su asiento—. No pudo ser... esa persona... la culpable...

—¡Lo fue, no sea tonto! —Farrow se inclinó. Tenía muy cerca su rostro del lívido, sudoroso del millonario—. ¡Sea quien sea, por mucho que confíe en esa persona, ella le mató! ¿Aún va a callar, va a silenciar el nombre, a pretender que fue cierto alguna vez que usted presentía el porvenir? Le engañaron, Mr. Hércules. Pero sin duda lo hicieron por algo. Díganos lo que les ha dado por dejarse embaucar en todo eso. Díganos qué dinero le sacaron y cómo... Esto es toda una conspiración siniestra, que al verse en peligro, concluyen ellos quitándole la vida al único testigo que podría llevarles a presidio, o a la cámara electrónica tal vez... ¡Usted!

El moribundo pareció comprender entonces que era cierto lo que le decían. Su mirada extraviada, opaca, se clavó ya en Glenn Farrow con nueva expresión. Boqueó, pretendiendo decir algo.

—Si es... es cierto... todo eso... yo quiero... quiero hablar... Andrea, sobrina querida... Tú eres... la mejor de toda mi egoísta familia... Tú me quisiste de veras... a tu modo. Debes saber... debes alejarte de... de la gente mala que hay por ahí... Lo que yo no supe hacer, pequeña...

—Lo haré, tío, lo haré —prometió con urgencia Andrea, dominando su dolor—. Pero tú... tú dime quién fue... Revélanos el nombre de tu asesino...

—¡Oh! claro... claro... —boqueó de nuevo, en busca de aire—. Ha venido esta noche, es cierto... Yo predije antes... que moriría mañana... Es decir, hoy... Se lo dije a todos... menos a ti, porque no estabas en casa...

—¿Se lo dijiste a Arthur, a Cameron, a Skip, a Julie... a Travers? —insistió ella.

—A todos —sonrió el multimillonario, convulso—. Los tontos... no me creyeron. Luego... luego llegó... esa persona...

—Sí, ¿y qué? ¡Habla, tío, por Dios! ¿Quién era?

—Yo confiaba... Nunca creí... nunca creí que... fuese tan cruel, tan criminal... y que todo fuera mentira.

—Por Dios, Mr. Hércules —insistió Farrow—. El tiempo se agota. Dé su nombre. Es preciso. Haremos justicia.

—Sí, sí. Él y Mara... y él y ella... me engañaron... ¡Miserables!... Escuchad. La persona que me visitó, la que me ha envenenado, es... es...

No podía ser tanto el infortunio. Glenn Farrow, lo temía, pero cuando sucedió, no podía pasar a creer que hubiera ocurrido.

Sandor Hércules, tío de Andrea Darlan, había muerto. Se quedó en su asiento cómodo, confortable, con la boca abierta, los ojos vidriados, el corazón inmóvil para siempre, al llegar a él la parálisis del veneno marciano.

Nunca salió de sus labios el nombre del asesino.

En ese preciso instante se abrió la puerta. Andrea y Glenn se volvieron... para encontrarse con dos hombres. Uno, armado de una pistola de cargas térmicas. Ambos con expresión dura, violenta, acusadora.

—Le han matado, Cameron —dijo el de la pistola térmica—. ¡Le han matado! Siempre supe que Andrea acabaría haciendo esto un día u otro... ¡Asesinó a tío Sandor con la complicidad de ese tipo!

—Ya lo veo —dijo el llamado Cameron—. No se muevan de ahí, ¿oyes, Andrea?

—Sí, no os mováis, o dispararé a matar, querida prima —avisó con voz agria el compañero de Cameron.

CAPÍTULO VI



LA ÚNICA PISTA

RTHUR por fuerza estás loco! —exclamó Andrea, muy pálida—. ¡Jamás hubiera hecho daño a tío Sandor! ¡Le amaba más que todos vosotros! ¡Él mismo lo dijo así, antes de morir!

—Patrañas —cortó fríamente Arthur—. ¿Qué testigo tienes de eso? ¿Ese caballerete que te ha ayudado en tu crimen?

—¡Oh, Arthur, eres un monstruo! —Andrea retrocedió, asqueada—. Jamás hubiera pensado que fueses capaz de tanta doblez... Y quizá todo es por heredar a tío Sandor.

—Es posible —añadió suavemente Farrow, sin quitar sus ojos helados de la pareja de hombres que les cubrían la salida tan amenazadoramente—. Incluso es posible también que ellos sean los asesinos, los que hicieron a su tío víctima de ese timo vergonzoso de adivinar el futuro.

—Usted hablará cuando comparezca ante el juez federal, acusado de asesinato —le amenazó con hosquedad Cameron.

—Sí, hará mejor en callar y no intentar nada, si quiere seguir con vida

hasta el día de ser conducido a la cámara electrónica de la muerte —citó lúgubremente Arthur—. Cameron, llama ya. Cuanto antes les entreguemos, tanto mejor.

Cameron asintió. Encaminándose a un moderno y pequeño aparato de visófono, con auriculares, micrófono y pantalla visora, en reducido tamaño. Iba a conectar, cuando el agente Glenn Farrow preguntó con voz cortante:

—¿A quién piensa llamar ahora?

—A la policía —replicó Cameron Hércules con sequedad.

—Yo soy la policía —dijo Glenn Farrow. Y su tono fue tan contundente y firme, que Arthur boqueó, perplejo, y Cameron se quedó de una pieza, con el micrófono en su mano.

Ambos le miraron, estupefactos. Luego, Arthur soltó una risita. Miró a Cameron.

—Anda, no te dejes impresionar por chistes sin gracia —dijo—. Llama a la policía. Ese tipo pretende ganar tiempo o provocar un descuido favorable. Después de todo, si es amigo o amante de Andrea, tiene buena maestra para sus trucos.

—¡Oh, sois odiosos! —jadeó ella, lívida—. ¡Os detesto, jamás pude pensar en tal vileza! ¡Y erais vosotros los que me fingíais afecto...!

—Deje que hablen, Andrea —dijo Glenn serenamente—. Deje que llamen a la policía. Todo será peor para ellos entonces.

Arthur parpadeó, como si la seguridad de roca de Glenn le inquietara un poco. Hosco, inquirió de repente, haciendo un gesto a Cameron para que no llamase aún:

—Espera. Díganos usted su nombre y quién es. Pero sin mentiras, amigo.

—Glenn Farrow. Ése es mi nombre. Soy agente especial de la «Spacial International Police». Y seré suficiente testigo para procesarles por calumnias, falsas acusaciones e injurias a una dama. Vamos, ¿a qué esperan, señores? Avisen a la policía. Estamos esperando que lo hagan. Y mientras aguardamos, no toquen nada. Esto ha de ser revisado por la policía muy detenidamente. Porque ustedes acertaron en algo, al menos. Aquí se ha cometido un crimen. Ha sido asesinado su tío, víctima de un poderoso, eficaz veneno marciano. Y el que se lo administró lo hizo porque necesitaba deshacerse de él, al extremo que habían llegado ya las cosas, con el engaño de las presuntas adivinaciones del porvenir.

—¡Miente usted! —rugió Cameron, palideciendo.

—¿Por qué se inmuta? —rio burlón Farrow, dueño ahora de la situación—. Nada tienen que temer... si son completamente inocentes.

—¡Lo somos! —gritó Arthur, con ira.

—Yo no he dicho lo contrario, ni les he acusado —se movió por la estancia, llegó ante el visófono, y agitó una mano en el aire—. Soy más cauto

que ustedes en ese terreno, señores...

—¡No se mueva! —amenazó de nuevo Arthur, enarbolando su arma térmica—. ¿Qué va a hacer?

—Justamente lo mismo que se disponían a hacer ustedes —rio Glenn, sarcástico—. Avisar a la policía, señores...

* * *

El teniente Havoc, de la Policía Civil Metropolitana, lanzó un suspiro. Cerró su libro de apuntes y miró a Glenn Farrow pensativamente.

—Usted tiene razón, señor Farrow —dijo el policía neoyorquino—. Es citramonio puro. Bastaron unas gotas en la bebida. No más de tres o cuatro, ciertamente. Pudieron aplicarlas incluso en un descuido de la víctima.

—Que es, sin duda, como sucedió —asintió Farrow lentamente. Su mirada fue a Arthur y Cameron, silenciosos y hoscos, sentados en un sofá. Luego, desviándose hacia Julie y Skip, los otros dos sobrinos del muerto, aún en pie junto a la puerta. Habían llegado poco antes. Farrow añadió—: El que lo hizo gozaba de su confianza, es evidente. Y esa misma confianza le mató.

Todos estaban asustados.

—¿Por qué nos mira a nosotros? —se engalló Skip; era un jovenzuelo pelirrojo, pecoso y malhumorado, de gruesas gafas—. ¡Julie y yo estuvimos en una fiesta, bailamos toda la noche! ¡La gente nos vio, saben que no pudimos ser nosotros responsables de nada!

—Es una fiesta, señor, siempre hay un momento para escabullirse, cometer un crimen y volver a la fiesta, sin que nadie lo advierta en el bullicio —observó con acritud Glenn Farrow—. Su coartada puede ser la más sólida del mundo... o la más frágil. Todo depende.

—Eso es cierto —dijo Julie con tono grave; era una mujer rubia, delgada, atractiva e indiferente—. Estuvimos en la fiesta. Pero, naturalmente, no bailé con primo Skip todo el tiempo. Él pudo hacer lo que dicen.

—Como lo pudo hacer usted —dijo fríamente Farrow, sin quitar de ella los ojos.

Julie tuvo un leve estremecimiento, y dijo tras un silencio:

—Sí, claro. Como pude hacerlo yo... —miró de soslayo a Arthur y Cameron. Inquirió—: ¿Y mis hermanos? ¿Estaban en casa cuando... cuando murió tío Sandor?

—Sí —rio Glenn—. Sus hermanos estaban aquí. E hicieron una entrada melodramática. Eso podría demostrar que son inocentes. O que son excelentes actores.

—En resumen, Farrow. Cualquiera puede ser culpable a su juicio, ¿no es eso? —indagó el teniente Havoc.

—Por supuesto. Los millones de Sandor Hércules eran lo bastante apetitosos como para eso. Sin embargo, el principal culpable de todo esto fue

el propio Sandor, con su torpe ingenuidad, al creer en unas facultades de las que carecía. Él no podía adivinar el porvenir, por supuesto. Y, sin embargo, alguien en quien él tuvo demasiada fe se lo hizo creer así.

—Pero Glenn, todos sabemos que, realmente, adivinó sucesos, accidentes... —sugirió Andrea con voz tensa—. Recuerde lo que le referí. Era cierto todo...

—En ese caso, Andrea, tal vez estamos ante un gigantesco asunto criminal, en el que el asesino no se detuvo ante nada, tanto era lo que tenía para ganar. Y destruyó, mató, incendió e incluso provocó desastres férreos o de turbomóviles, con el exclusivo objeto de que Sandor adivinara lo que iba a suceder...

—¡Dios mío, sería monstruoso, aterrador! —Andrea abrió enormemente los ojos, retrocediendo con expresión de angustia.

—Todo es monstruoso en este asunto. Quizá también sea aterrador, en el fondo, mi querida Andrea... —suspiró Glenn—. Creo que deberán investigarse esos sucesos: descarrilamientos, incendios, muertes accidentales y todo eso...

—Se hará, señor Farrow —declaró el teniente Havoc—. Aunque mis atribuciones y las de mi Departamento, en esa cuestión, son ya limitadas, y no sé si…

—No se preocupe por eso, teniente —dijo Glenn con una dura sonrisa—. Tal vez tenga que renunciar, después de todo, a mis vacaciones en Luna-Término... Pero ahora se impone que intervenga alguien más que la simple Policía Civil Metropolitana... Éste es un caso claro para la jurisdicción internacional y espacial de la S.I.P...

* * *

Donald Callowan escuchó en silencio. De vez en cuando mordisqueaba la punta de su habano y clavaba sus metálicos, expresivos ojos de hombre avezado a la lucha y a la dureza de una vida enfrentado al crimen organizado, en el joven, rubio y arrogante, erguido ante él.

—... y esa es, en conclusión, mi teoría sobre este caso —aventuró Farrow con voz firme—. No estamos sólo ante un fraude criminal que luego, al ponerse feas las cosas, asustó a su autor, provocando un asesinato en la persona de Sandor Hércules, el magnate de la banca y de la industria. Hay algo mucho más siniestro, detrás de todo ello...

—¿Qué puede ser, a su juicio, ese algo? —indagó Callowan, tras un silencio. El jefe supremo de la «Spacial International Police» parecía realmente preocupado por el curso de los acontecimientos.

—En mi opinión, señor, un gigantesco complot para absorber los millones de Sandor Hércules. Si no todos, al menos una parte considerable de ellos. Se

supone que Sandor poseía más de mil millones de «créditos», entre acciones, propiedades y fortuna personal. Pero ese cálculo igual sería si en vez de mil tuviese mil cien, o sólo novecientos. Es una cifra «grosso modo», a la que no se debe prestar demasiado crédito. Ahora, el administrador del prohombre, Travers, está examinando los libros y cuentas del difunto, auxiliado por un experto del Departamento de la Policía Civil Metropolitana. Ellos nos darán su informe pericial y podremos juzgar con mayor seguridad, señor.

Donald Callowan asintió muy despacio. Se incorporó, paseando por su despacho, con aire reflexivo. Llegó al ventanal, asomándose y contemplando el paso vertiginoso, sobre el azul, de los aerodinámicos, centelleantes turbomóviles y aerocars, auténticas flechas por las serpentinas y espirales de las rutas elevadas de la urbe.

—De ser lo que usted asegura, Farrow, estaríamos frente a un supe criminal, un hombre capaz de destruir, de matar a cientos de personas, con tal de convencer a Sandor Hércules de su capacidad de adivino, hasta llevarle a su propia muerte. Pero entonces... ¿dónde estará el lucro?

—Es el punto que nos falta por saber. Cuando estemos enterados del lugar adónde va a parar una gran parte de la fortuna de Sandor, estaremos sobre la auténtica pista del misterio. La única pista con que contamos, por ahora, es precisamente ese don falso de la adivinación, que tan fácilmente imbuyeron al millonario.

Donald preguntó:

—¿Qué clase de pista le proporciona eso, Farrow?

—Una y bien concreta, señor —dijo lentamente Glenn—. Mara, «La Fantástica». Ella se dedicaba a adivinar el porvenir en las ferias. Y ella era amiga de Sandor. Quizá no en el sentido malicioso que se dio a sus relaciones secretas con el millonario. Tal vez ella fue la que imbuyó al millonario su rara manía.

—¿Y ella misma realizó esos crímenes horrendos, provocando accidentes, incendios, destrucciones, etc., que previamente hacía presagiar a Sandor? —el gesto de Callowan era dubitativo, algo escéptico, al volverse hacia Glenn, con el cigarro ya apagado entre sus dedos, olvidándose incluso de darle chupadas al habano.

—Parece improbable, señor. Y quizá lo sea —convino Glenn—. Tal vez ella sola no llevó a cabo el plan. Es demasiado vasto, demasiado formidable, para que una mujer sola lo realice. Además, los accidentes y sucesos tenían lugar en sitios dispares, alejados de Sandor y de ella, y alejados también entre sí. Eso puede sugerir también una nueva idea.

—No la diga —cortó vivamente Callowan, frunciendo el ceño. Le señaló, con su cigarro sin lumbre—. Sé por dónde va. Una organización.

—Eso es. Una organización criminal. Un grupo de rufianes inteligentes, movidos por una mente muy astuta y despiadada. Una agrupación que, en vez

de organizarse para asaltar un banco o una empresa, se disponen a algo más fácil: asaltar a una sola persona. Tienen el punto débil de esa persona y cargan sobre él. No se encuentra todos los días un multimillonario, con el sueño loco de querer ser profeta, adivino o algo parecido. Ellos lo tienen, señor. Y lo utilizan a conciencia, apuran sus posibilidades al máximo, dan su «golpe». Quizás ahora la organización se ha repartido una fortuna.

—¿Y si no es así? ¿Y si el dinero de Sandor piensan repartírselo después? En ese caso, podríamos evitar el reparto del botín... bloqueando la fortuna de Sandor e impugnando su testamento, sea cual sea, hasta descubrir quién le asesinó.

Glenn Farrow asintió, con ojos brillantes. Pero luego hizo un gesto escéptico.

—Imposible, señor —argumentó—. Se nos echarían todos encima. Y, además, podríamos ser injustos con quienes no tienen culpa de nada. No, estoy convencido de que, cuando mataron a Sandor Hércules, lo hicieron sin correr el menor riesgo. Porque ya tenían su botín y el contenido de un testamento o un legado les importaba muy poco.

—Según eso, Farrow, las primeras sospechas acerca de sus familiares carecen de consistencia.

—Al parecer, así es, señor. Creo que sería encerrarse en un círculo vicioso, meterse precisamente con la familia. Interrogatorios, pesquisas y todo eso, no resolverán nada. Si un sobrino fuese culpable se pondría en guardia cada vez más. Si no lo es, obraremos cruelmente con ellos.

—Farrow, usted es un buen agente de nuestra organización —declaró Callowan con voz firme—. Sugiérame un plan de campaña y se realizará.

—Sólo hay un plan que puede ser eficaz, si tenemos suerte: buscar a Mara. Por ella sacaremos el hilo suelto que puede desenredar la madeja.

—Mara desapareció de la Feria del Espacio. ¿Cómo espera localizarla?

—He recordado algo, señor. Tengo un amigo que siempre ha vivido lleno de afición a los nigromantes y todas esas cosas. Hace años que no le veo, pero su obsesión fue siempre conocer el porvenir, y ha recorrido mil veces los consultorios de todos los pitonisos y profetas del país. Se llama Christian Holbrook, y es la superstición personificada. Él, a no dudar, conoce a Mara, lo mismo que a muchos otros de ese gremio. Tal vez me diga dónde está Mara. O me pueda proporcionar una pista para dar con ella. Es evidente que una «adivina» de la experiencia de Mara debió tener antes un consultorio diferente. Después de todo, «Aerocity Park» es un lugar de nueva construcción. Y la tal «pitonisa» no tenía nada de inexperta, por lo que pude colegir, al visitar su barracón de la Feria.

Donald Callowan no dijo nada. Paseó en silencio un rato. Encendió el habano y le dio dos chupadas. Luego, se dispuso a suplirlo por otro, aplastándolo en el cenicero.

Acababa de extraer un nuevo habano y Glenn esperaba su resolución respecto al plan de batalla expuesto, cuando sonó el zumbador del televisófono. Callowan fue al aparato y descolgó el auricular. La pantallita fluorescente se iluminó, con la imagen de una operadora de la central televisofónica de la S.I.P.

—Llamada para usted, señor —informó —... Es urgente.

—Bien —dijo rápidamente Callowan—. Póngame, por favor.

La operadora hizo conexión. Viró la imagen de la pantalla y apareció en ella un hombre. Era ancho, macizo, de ojos estrechos, nariz aguileña, sonrisa ancha y cordial, que ahora se ensombrecía con una mueca preocupada.

—Ése es Moss Travers, administrador privado de Sandor —informó en un murmullo Glenn.

Asintió Callowan y preguntó al televisófono:

—Aquí la S.I.P. Oficina personal de Donald Callowan. ¿Qué quiere de mí?

—Soy Moss Travers, señor —explicó el que llamaba—. Administraba a Sandor Hércules y era una especie de secretario suyo, en sus asuntos particulares. Acabo de terminar el examen de la fortuna personal del señor Hércules, y creo necesario y muy urgente informarle a usted del resultado de mi trabajo, señor. El teniente Havoc, de la policía, me ha sugerido que tratara directamente con usted.

—Hizo bien, señor Travers. Hable. Le escucho.

—Verá, señor. Terminado el examen pericial de la fortuna de mi administrado, da un déficit global de doscientos cincuenta millones de «créditos».

—¿Qué? —saltó Callowan, abriendo enormemente sus ojos—. ¿Seguro que no se equivoca en el volumen de la cifra?

—Segurísimo, señor. Se decía que Sandor Hércules tenía mil millones, pero aún se quedaban cortos en la cifra. Su fortuna se elevaba, en total, a unos mil ciento ochenta millones de «créditos». Actualmente, evaluado todo correctamente, la cifra total es de novecientos treinta millones. En menos de tres meses, señor Callowan, mi administrado perdió doscientos cincuenta millones... sin justificantes, recibos ni cheques de ninguna clase... y, lo que es aún más extraño... sin saber yo una sola palabra.

CAPÍTULO VII

PISTA PELIGROSA


OSCIENTOS cincuenta millones... ¡Es una cifra fabulosa!

Glenn Farrow afirmó gravemente. El vehículo volaba por las aerovías de Washington, hacia el espaciódromo.

Donald Callowan, conduciendo el turbomóvil con mano diestra, aferrada al rojo volante semicircular, mordisqueando su cigarro casi con furia.

Glenn, a su lado, mantenía la mirada grave, fija ante él, en la banda plastmetálica que recorrían, a velocidad de vértigo, por entre las cúpulas y torres de la gran urbe federal. Una vez, alzó la cabeza al espacio. Allá arriba, en el azul, saltaban chispas verdes, rojas y amarillas, centelleantes de luz, revelando la presencia remota de una plataforma circular, flotando en el aire. «Aerocity Park» siempre hacía una bulliciosa muestra a todos, de su alegre presencia en los aires. Aerobuses flotaban ya en el azul, rumbo a la Feria del Espacio.

Mientras contemplaba todo eso con expresión taciturna, el joven agente de la «Spacial International Police» iba meditando intensamente, preguntándose, como el propio Callowan, dónde podían estar ahora doscientos cincuenta millones de «créditos» la enorme cifra desaparecida de la fortuna personal de Sandor Hércules, el hombre que pretendió saber siempre lo que sucedería al día siguiente, incluso hasta la víspera misma de su muerte... y que pagó por ello una fortuna colosal y la propia vida.

—Mi idea era bien cierta, señor —suspiró Farrow al fin—. Es una colosal estafa, remachada por un asesinato. Y para llegar a ella, esmaltaron su camino de crímenes abominables, de catástrofes provocadas y de toda clase de crímenes. Los culpables de ese horror lo pagarán caro.

—Si alguna vez caen en nuestras manos —se quejó lúgubremente Callowan.

—Señor, ¿puede usted, precisamente usted, dudar de que la S.I.P. llegará al final de su camino, triunfalmente, como siempre?

Callowan sonrió pálidamente al joven. Luego, meneó la cabeza, estrujando el cigarro habano contra el cenicero de plata del vestíbulo. Parecía realmente malhumorado y pesimista. Eso le ocurría siempre que se enfrentaba a un caso difícil.

—Muchacho, su confianza resulta muy confortante, después de todo —comentó, con voz cansada—. Dios quiera que esté en lo cierto. Pero las personas que se apoderan de doscientos cincuenta millones son capaces de cubrirse bien las espaldas. El dinero sirve para comprar a muchos cómplices y encubridores.

—Lo sé, señor. La lucha será difícil pero venceremos, estoy seguro. Ahora mismo tomaré el espacio-line para... Nueva York. Y allí buscaré a mi antiguo amigo Holbrook. Si él no puede darme el paradero de Mara, nadie lo hará.

—Doscientos cincuenta millones... —iba musitando Callowan, obsesionado—. Cielos, ahora entiendo cómo fueron capaces de tanta monstruosidad. Un puñado de seres sin conciencia, sería capaz de destruir el mundo entero por una cifra así. ¿Cómo pudo ser tan estúpido Sandor Hércules, un hombre de negocios, que hizo sus millones engañando a los demás?

—Una mujer hermosa y una obsesión bien explotada pueden hacer milagros a veces, señor. Y Sandor sería inmensamente rico, pero creo que jamás fue demasiado inteligente...

El turbomóvil conducido por Donald Callowan se detuvo en la rampa descendente del espaciódromo de Washington. Un espacio-line de viajeros esperaba en una de las rampas de partida.

—Buena suerte, Farrow —Callowan estrechó la mano a Glenn con energía. El aire azotaba sus cabellos, en las pistas abiertas y elevadas del espaciódromo urbano—. Hasta que no me dé alguna noticia buena, sabe que estaré sacrificado, sin mis preciosos habanos. Soy incapaz de sacar auténtico sabor a un cigarro si las preocupaciones me asaltan, muchacho.

—Descuide, señor —sonrió Glenn, con un optimismo aparente que, en el fondo, estaba muy lejos de sentir—. Ese momento no puede tardar.

—Hubiera preferido que otro agente se ocupara de este caso, Farrow. Usted está de vacaciones y es demasiado conocido de todo el mundo en los momentos actuales. Tendrá todo en contra suya. Luchará contra gente a quién no conoce, y que sin embargo le conocen a usted perfectamente. Pero empezó casualmente este asunto y es el único que puede llevarlo a feliz término. Si llega a resolverlo... le prometo unas largas vacaciones. Y esa vez será de veras...

Glenn rio, estrechando la mano de su jefe. Luego saludó respetuosa, subordinadamente. Solemne, Callowan devolvió el saludo a su agente.

Glenn echó a correr. El aire de las pistas agitó su sobretodo gris plateado, corto y anudado a la cintura. Penetró en el largo espacio-line de viajeros.

Poco después, la carrocería verde del vehículo espacial se elevaba en el aire, rumbo a Nueva York. En escasos minutos se hallaría en la famosa ciudad del Hudson.

Y Glenn Farrow iniciaría la búsqueda de los asesinos, a través de una de las pistas más peligrosas que jamás siguió un agente especial de la S.I.P...

—Suerte, muchacho... —repitió lentamente Callowan, contemplando cómo se distanciaba el vehículo—. Mucha suerte...

* * *

Christian Holbrook parpadeó, contemplando a su visitante. Luego se hizo a un lado y masculló:

—¡Cielos, Glenn Farrow en persona! ¡El héroe público visita al viejo y olvidado camarada de estudios! ¿Qué se ha hecho de tu vida, Glenn? Sé que estás en la S.I.P., como lo sabe todo el mundo, pero...

Cortó Farrow el alud de palabras de Christian Holbrook, con un ademán vivaz. Rápido, habló él:

—Hola, Christian. Estuve en tu antigua casa de Park Avenue. Allí me dijeron que vivías en New East Side y aquí me he trasladado.

—Para un hombre habituado a encontrar criminales, no será muy difícil dar con un pobre diablo, ¿eh, Glenn? —dijo, estrechándole la mano con calor —. Entra, entra. Mi casa es humilde, pero está a tu disposición.

—Gracias, Christian. Siempre fuiste un buen chico y sabía que encontraría en ti al mismo de antes.

Entró en la casa. Era realmente sencilla, pero sin pobreza. Muebles parcos, de línea ligera y funcional, en metal cromado y espuma de colores. Muros desnudos, de plásticos brillantes, económicos y decorativos. Una serie de ventanas no muy anchas, de forma oval asomaban a las grandes vías urbanas y a las aerovías del gran Nueva York del siglo XXI, con sus dieciocho millones de habitantes.

—Te he visto mucho en la TV, últimamente —sonrió Christian Holbrook, señalando la pequeña pantallita mural de su vivienda, televisor propio de las viviendas humildes, en una época en que la TV era ya corriente, a lo que todos tenían derecho, pobres o ricos—. Eres una especie de «famoso» de primera línea. Pero supongo que a tus superiores de la «Spacial International Police» no les gustará demasiado esa publicidad.

—No les gusta nada —rio Glenn—. Soy más famoso que el presidente de las Naciones Federadas. Cuando un criminal me vea llegar, se irá lo más lejos posible del lugar donde yo esté.

—Sí, es como llevar un cartel colgado del pecho —asintió Holbrook—. Demonios, ¿cómo podrás actuar de esa forma contra nadie?

—Es más difícil. Pero la S.I.P. está habituada a luchar siempre contra aquello que más difícil resulta. Un policía debe aceptar las cosas como son y luchar sin buscarse excusas. El peligro aumenta, pero no importa eso demasiado. Lucharé a cara descubierta contra los delincuentes. Y espero lograr tanto como si no me conociera nadie.

—Eres un muchacho obstinado, Glenn. Seguro que lo harás como dices... —Holbrook pareció de repente caer en la cuenta de algo anómalo—. ¡Eh! por

cierto, Glenn... ¿A qué diablos se debe tú presencia aquí? Yo recibí al viejo amigo sin recordar que también abría la puerta al policía. ¿Cuál de los dos viene a ver al pobre Christian Holbrook?

—Los dos. Me agrada hablar con el viejo amigo... y espero también que el amigo me ayude.

—¿Yo? Si puedo hacerlo, lo haré, Glenn. Pero mucho lo dudo. ¿Qué seré yo capaz de ofrecer en tu favor? Jamás tuve cuentas con la ley, ni...

—Lo sé, lo sé —cortó Glenn—. No voy por ahí. Precisamente por todo lo contrario. Tú puedes ayudarme como una pieza más del engranaje policial. Al menos, eso espero.

—Bien. Y yo lo deseo de corazón —se sentaron ambos. Miró fijamente Holbrook a su amigo, e indagó—. ¿De qué se trata? ¿Qué debo hacer por ti?

Glenn dijo:

—Decirme dónde vive una persona que adivina el porvenir.

Christian Holbrook pegó un respingo y miró a Glenn con vivísimo estupor.

—¡Cielos! —masculló—. ¿Es eso? ¿Qué diablos puede tener que ver contigo un adivino?

—Éste puede tener mucho que ver conmigo. Es una mujer. Se llama Mara.

—¿Mara, «La Fantástica»? —hizo un gesto—. ¡Eah! Es una mediocridad que sólo gusta a los incautos, Glenn...

—Es posible que yo esté refiriéndome a algún incauto, Christian. De cualquier modo, ella es la persona que me interesa.

—¿A ti... o a la S.I.P.? —arguyó, cáustico, su amigo Holbrook.

—Pudiera ser que a ambos. Pero eso no es seguro. No todavía, claro está. De momento, solamente un tipo llamado Glenn Farrow está interesado en ella —rio Glenn.

—Ya. De modo que buscas a Mara. Y como se trataba de una pitonisa, me vienes a buscar a mí, ¿no es eso?

—Sí. Seguramente te he ofendido, al molestarte con motivo de una adivina de tercera clase. Pero tú sabes más de esa gente que persona alguna en el mundo. O ya no eres el Christian Holbrook que conocí.

—Sigo siendo el mismo —suspiró Holbrook—. Conozco mucho a Mara. Y a su maestro y director.

—¿Maestro y director? —Glenn se encogió de hombros—. Es ella la que me interesa. No creo que su maestro sea de interés para nosotros.

Christian dijo:

—Es natural que así sea. Su maestro es un ser excepcional, un auténtico adivino de categoría superior. No un farsante ni un tipo con teatro y experiencia para engatusar a los tontos, sino un auténtico vidente del futuro. El «Gran Precursor» es distinto. Es, en realidad, único.

Glenn sonrió, pero en el acto enmendó su gesto, diplomáticamente. A

Holbrook no le gustaba que nadie se riese de sus convicciones sobre nigromantes. Farrow le conocía y estaba seguro de que el tal «Precursor» sería algo fuera de lo corriente... pero un buen farsante, pese a todo. Nadie puede saber lo que sucederá mañana. Sandor no fue capaz de ello, pese a cuantos engaños se le hicieron creer. Tampoco el «Gran Precursor» lo sería. Pero Holbrook lo estaba creyendo así. Allá él con sus creencias.

—Perdona —dijo Farrow—. Ya sabes que yo no creo en ninguno. Además tu «Precursor» no es mi personaje. Busco a Mara, «La Fantástica».

—Sinceramente, Glenn. ¿Ha hecho algo malo?

—Sinceramente, Holbrook... no lo sé. Aún está por averiguar si tuvo algo que ver con la muerte misteriosa de un millonario: Sandor Hércules.

—¿Sandor Hércules? —Holbrook frunció el ceño. Luego soltó una breve risita—. ¡Oh! tiene gracia eso.

—¿Sí? ¿Por qué tiene gracia? Ha sido un asesinato, Christian. Los asesinatos nunca fueron graciosos. Especialmente, para la víctima.

—Perdona, Glenn. Ahora soy yo quien no respeta tus convicciones. Pero es que resulta sorprendente que haya casualidades así, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir? ¿A qué casualidad te refieres?

Christian Holbrook se encogió de hombros, con aire divertido.

—¡Oh! es que precisamente hace poco tiempo, no más de un par de meses, acompañé a un amigo mío a que viese al «Gran Precursor» por una cuestión muy seria que le tenía preocupado. El adivino le atendió. Y resolvió sus problemas. Ahora mi amigo vive en paz y sin problemas.

—No veo la casualidad por ninguna parte.

—La verás, cuando te diga que ese hombre que llevé a ver al «Precursor» se llama Stephen Folder, y es un empleado importante de la Empresa Hércules, de la que era propietario el difunto Sandor. Y por entonces Mara aún estaba como ayudante y médium del «Gran Precursor», asistiéndole en sus audiencias...

Glenn Farrow no movió un músculo. Pero sus ojos expresaron con elocuencia su interés por el asunto. Tras un silencio, se limitó a decir, con voz ronca:

—Holbrook, necesito ver a Mara. O, en su defecto, a ese hombre, el «Precursor». Y también a Folder, el empleado de la Empresa Hércules...

* * *

Glenn Farrow viró con el turbomóvil, a la altura de la calle Ciento Ochenta, en los límites urbanos de la ciudad. Luego se volvió a su acompañante, con aire interrogativo.

—Y bien, ¿es muy lejos, Holbrook? —demandó.

—No, no —la mano de Christian asomó por la ventanilla del vehículo,

señalando las calles, iluminadas por electrotubos azulados en el atardecer. Los edificios allí eran altos, rectilíneos y grisáceos, sin ninguna belleza. Puramente funcionales, para alojar más gente de la prevista en los proyectos de urbanización, ya superados por el crecimiento constante de la gran urbe neoyorquina—. Allí, a dos manzanas de distancia, está la plazoleta. Y en ella, la vivienda del «Gran Precursor». Pero no sé lo que dirá, Glenn, cuando sepa que le llevo un policía y no un creyente.

—No dirá nada, Christian. Lamento dañarte con lo que te diga, pero no creo que tu admirado «Precursor» tenga nada de auténtico adivino. Como Mara y como otros, será un farsante, hábil y astuto.

—Glenn, sabes que yo no soy ningún tonto —se ofendió Holbrook—. Sé distinguir muy bien a un auténtico superdotado de un farsante o de un actor, fingiendo ser lo que no es.

—Tal vez en esta ocasión la representación fue demasiado buena, y estuvo apoyada por inmejorables pruebas para convencer al más suspicaz. De otro modo, no serían doscientos cincuenta millones de «créditos» los que estarían en juego, arrebatados además a un hombre de negocios que también se tragó la historia de que un ser humano puede predecir el mañana.

—No quiero discutir contigo —se irritó Christian—. Allá tú con tus convicciones. Pero déjame a mí con las mías. Yo oí decir a Stephen Folder, cuando abandonó la consulta del «Gran Precursor», con qué facilidad le había adivinado su nombre y sus problemas a la primera ojeada, y cómo le predijo la verdad de su futuro, sin esfuerzo aparente. Eso resolvió las dificultades a mi amigo, lo sé. Un farsante no hace eso. Va, simplemente, a sacar dinero.

—¡Oh! claro. Pero eso era, precisamente, lo que estaba haciendo tu admirado brujo —detuvo en seco el vehículo, al virar por una esquina de la plaza indicada por Holbrook. Solamente un coche tan esbelto, tan poco amplio como el que llevaba a los dos hombres, podía transitar por aquellas zonas de la ciudad—. Sacaba tanto dinero o pensaba sacarlo, por otro lado, que no iba a cometer la tontería de dar un paso en falso ante un hombre que no le podía dar nada.

—¿De modo que crees al «Gran Precursor» un simple delincuente, un estafador? — Holbrook mostrábase escandalizado ante semejante posibilidad.

—Mi querido Christian, si ese «Precursor» está metido en el lío de Sandor Hércules, no sólo será eso... sino también un cómplice de asesinato... o el asesino mismo.

—¡Glenn!

—Te dije que lamentaba hablar así. Pero es posible que me equivoque y tenga que pedirte disculpas... como también es posible que suceda al revés, y te pueda demostrar hasta qué punto fuiste un incauto, a pesar de tus convicciones místicas sobre el caso.

Holbrook, de mala gana, le mostró el edificio. Era el mismo que ya una vez enseñara a Stephen Folder, el empleado de Sandor Hércules. Sólo que

entonces llevaba a un hombre que esperaba convencerse de la verdad preconizadora del vidente. Y ahora su compañero era un policía, un hombre de la S.I.P., dispuesto a desenmascarar a un falsario.

Entraron en la casa. De súbito, Farrow se volvió a Holbrook. Habló gravemente:

—Tú no hables, no digas nada sobre mí. Procura no pensar en nada, cuando nos enfrentemos a ese hombre.

—¿Por qué? ¿Temes que le transmita lo que pienso? ¿Telepatía, eso imaginas?

—Telepatía, sí. Eso imagino. Todo el que le visita, piensa. Y él capta los pensamientos. Puede hacerlo por microondas especiales, de absorción mental, o por su propia mente, si es poderosa y la tiene educada como «lectora de pensamientos». De cualquier modo no podrá nada conmigo. Los agentes de la S.I.P. estamos preparados para eso. Tenemos el medio de aislar la mente, de no dejarnos cazar los pensamientos, para combatir a los telépatas, por poderosos que éstos sean. Conmigo se estrellan los falsos adivinos y los fenómenos telepáticos, igual que con cualquier otro agente de la «Spacial International Police».

—Entiendo —asintió Holbrook—. Lo haré así, no temas.

Pasaron a la antesala del «Gran Precursor», ante las puertas deslizantes de vitroplast, y las letras azules, metálicas: «GRAN PRECURSOR. *Si no crees, no entres. Cree en mí y resolveré todos tus problemas*».

Cuando la puerta se deslizó pasaron a la cámara rectangular, de muros lisos, luces crudas, mesa metálica y asientos de suspensión magnética y espuma de color negro.

Todo estaba muy bien preparado.

Glenn Farrow pareció algo desconcertado por la parquedad del lugar, y Holbrook, al parecer satisfecho, sonrió, en espera de nuevas sorpresas para su amigo de la S.I.P.

Sólo que las nuevas sorpresas no se daban. Glenn Farrow miró a un lado y otro, a la puertecilla deslizante del fondo, en espera de la llegada del gran adivino. Pero éste continuó sin aparecer. Christian Holbrook reflejó su extrañeza.

—Es raro —dijo—. Siempre aparece, nada más entrar uno aquí. Él sabe siempre...

—Claro —dijo fríamente Glenn. Se acercó a la entrada, miró el suelo y luego lo señaló—. Mira ahí, creyente. Hay una placa sensible, magnética. Avisa al «Precursor», esté dónde está de la casa, y rápidamente aparece en escena. Algo ocurre hoy para que falle el efecto teatral.

—Tal vez no está.

—Sí, tal vez —Glenn, alarmado, frunció el ceño—. Es posible que hayamos llegado tarde y el pájaro haya volado lejos de nuestro alcance. Si es

así, lo siento de veras. Porque acaso habremos perdido a un criminal...

Esperó aún un par de minutos, en tanto Holbrook mantenía su gesto escéptico, en la cámara silenciosa y desierta, a excepción de su sola presencia.

Luego se resolvió enérgicamente.

—Vamos, Christian —dijo, extrayendo una plana pistola de cargas térmicas, de su bolsillo—. Hay que obrar ya sin contemplaciones.

—¡Pero, Glenn! —Holbrook dio un paso atrás—. ¿Eso significa que habrá... violencia?

—Sí. Si tienes suficiente valor, ven conmigo. Si no, lárgate. Esto ya ha pasado de la raya. Tuve demasiada paciencia con esa gentuza pretendidamente superdotada. No se puede andar con contemplaciones frente a una pandilla de asesinos.

Se movió hacia el fondo, sin aguardar a más. Probó de abrir la puerta por la que habitualmente hacía su entrada el «Precursor». No se movió. Rápido, Farrow disparó su pistola sobre la cerradura. Holbrook gimió, ocultándose el rostro, mientras se derretía la puerta metálica, bajo el impacto térmico del proyectil recién disparado.

—¡Oh, Dios mío, vas a hundirme, Glenn! —se lamentó Christian, abatido —... ¡Ya nunca más me recibirá ningún adivino!

—Y eso saldrás ganando, maldito tonto —farfulló Glenn, empujando la puerta a medio derretir, que ahora cedió sin dificultades. Se encontró ante un corredor cuajado de luz azul, de electrotubos, largo, y con una esquina al fondo. No tenía puerta alguna.

Pistola en mano, avanzó. Le seguía Holbrook, con expresión de vivo terror. El agente de la S.I.P. estaba harto de andar con contemplaciones. Si había sonado la hora de actuar la acción sería rotunda, completa, como el caso exigía.

Doblaron la vuelta del corredor, sin detenerse en su avance. Al volver el recodo, sí había puertas. Justamente dos. Glenn disparó sobre una de ellas, sin contemplaciones. Derritió la cerradura y chisporroteó un cerrojo magnético, al ser alcanzado por el proyectil térmico.

Penetraron en la cámara que había allí. Encontraron una hilera de trajes negros, plateados y dorados, espectaculares y como surgidos del vestuario de un teatro. Allí, un mecanismo complicado, con numerosos resortes, botones de diversos colores y un juego de seis pantallas televisoras, les permitió descubrir de qué modo controlaba el «Gran Precursor» todas las dependencias de su vivienda, e incluso el exterior, cómo pudo comprobar Glenn, al poner todas las pantallas en funcionamiento. Cada una enfocaba una estancia o un corredor, y la última de todas exhibía en su imagen una vista general de la plaza exterior. La cámara tomavistas debía de estar situada en una ventana, a juzgar por el encuadre.

—¿Adivino, eh? —sonrió irónicamente Glenn Farrow, mirando de soslayo

al atribulado Holbrook—. ¿Hay alguno que necesite un chisme electrónico para controlarlo todo?

Christian estaba demasiado deshinchado para replicar. Parecía aniquilado ante aquello. De súbito, clavó sus ojos en una de las pantallas de televisión en circuito cerrado y jadeó, señalándola con un dedo nervioso.

—¡Eh, Glenn, mira ahí! ¿Qué puede ser eso?

Glenn miró. Lanzó una sorda imprecación. En la excitación del momento no había observado el detalle que le revelaba Holbrook. Ahora sí lo descubría claramente.

Una de las estancias reflejadas por el televisor mostraba una forma borrosa, tras un sofá de espuma y suspensión aérea, en el centro de la cámara. Glenn movió un resorte inmediato a la imagen. La cámara oculta se movió, hasta encuadrar mejor aquello que yacía tras el sofá. Glenn miró con expresión sombría a su compañero.

—Es un cuerpo humano —dijo roncamente—. ¡Hay que encontrar esa cámara! Creo que tu admirado «Precursor» ha asesinado a alguien más...

Corrieron hacia el exterior de la cámara de control. De nuevo en el pasillo, Glenn optó por la única puerta que quedaba. Un nuevo chorro de carga térmica, dirigida a su cerradura electrónica, dejó el paso franco. Penetraron en un nuevo pasillo, éste con tres puertas, dos a un lado y otra al opuesto.

—Cuidado —avisó Glenn—. Si realmente hay alguien sin vida ahí, es posible que el criminal aún esté emboscado en la casa. Vigila, Christian...

Holbrook asintió, aunque resultaba dudoso como auxiliar eficaz, en circunstancias de auténtica emergencia. Glenn, pistola en mano, con ojos inquisitivos y nervios tensos, se movió por el nuevo pasillo. La primera puerta solamente reveló una estancia que ya viera antes por el televisor de control. La segunda, exactamente lo mismo.

Al asomar a la tercera comprobó que era la que estaban buscando. El sofá de espuma y suspensión magnética estaba allí. Apenas si se descubría el cuerpo tras él, de bruces sobre el bruñido suelo de plastmento rojo y espejeante. Pero estaba donde lo vieran.

Glenn rodeó el sofá, se inclinó sobre el cuerpo y lo examinó con frialdad. Era el de un hombre muy alto y enjuto. Estaba muerto. Alguien le había eliminado por un procedimiento rudimentario y eficaz: un tremendo golpe en la base del cráneo había hundido ésta brutalmente.

—Otra víctima —silabeó, incorporándose lentamente—. Y quizá tu amigo el «Gran Precursor» haya sido el culpable. ¿Conoces a este hombre?

—Claro —asintió Holbrook, con expresión de vivo horror—. Es precisamente él... El «Gran Precursor»...

CAPÍTULO VIII

CONFESIÓN



SO no es posible, Holbrook!

—Sí, Folder. Le han matado de un golpe en el cráneo. Este hombre busca al asesino.

Stephen Folder contempló con fijeza a Glenn Farrow y asintió con la cabeza, musitando, aún bajo el efecto de su fuerte impresión:

—Sí, Holbrook, le conozco. Es Glenn Farrow, el agente de la S.I.P., el que fue héroe del suceso de los hornos termonucleares. He visto su imagen en la televisión y en los periódicos... —meneó la cabeza, con desaliento, de un lado a otro, añadiendo con voz sorda—. Dios mío, pero ¿quién ha podido hacer eso? ¿Por qué mataron al «Gran Precursor»?

—Es lo que no me explico —Christian Holbrook se encogió de hombros —. Pero después de visitar el interior de su casa juraría que no era tal adivino.

—¡Tú mismo me juraste cien veces que era el único ser auténticamente superdotado que viste jamás! —protestó Stephen Folder vivamente—. ¿Es que ahora has cambiado de idea? ¿Nos engañó acaso a todos ese hombre?

—Mucho me temo que sí —sonrió Glenn Farrow con lentitud—. Era un buen actor, al parecer, y no tenía nada de tonto. Disponía de un sistema de control televisado, realmente magnífico. Y hemos hallado máquinas grabadoras de pensamientos, rayos X, rayos Super-X, para escrutar los bolsillos de sus clientes y leer sus documentos, cuando le fallaba su indudable talento como telépata o lector de pensamientos. Montó un negocio costoso. Pero sabía sacarle partido ampliamente.

—¡Oh! Dios mío... —Folder se dejó caer en un asiento—. Ya veo... Nos engañó a todos. Pero indudablemente era un artista. Yo fui lleno de escepticismo, sin creer una palabra de las convicciones de Holbrook. Luego me convenció, me dio muestras tan claras de su saber, de sus dotes de adivino...

Glenn dijo:

—Telepatía y mecanismos muy perfectos, ya sabe el sistema. Nada de adivinar.

—Aun así, resolvió mis problemas entonces. Me reveló un futuro que, tal vez, fue después de todo una pura farsa suya, pero a mí me regeneró a tiempo.

Glenn Farrow contempló fijamente el rostro joven, ancho e inteligente de Stephen Folder. El muchacho rehuyó su mirada a medias, algo cohibido,

como temeroso de que Glenn Farrow penetrara demasiado dentro de sí mismo.

—¿Puede decirme cuál era su problema, señor Folder? —inquirió de súbito.

—¡Oh! Glenn, no puedes hacer preguntas así, a... —comenzó Holbrook, escandalizado.

—Deja, Christian —cortó, con un gesto, Folder—. Creo que está en su derecho el señor Farrow. Además tal vez sea esto lo mejor. No sé si tendré pena legal, por lo que hice entonces. Lo único cierto es que rectifiqué a tiempo. Y se lo debo a ese pobre diablo del «Gran Precursor».

Glenn esperó, sin hacer nuevas preguntas. Folder le miró con fijeza y declaró:

—Yo había robado, señor Farrow.

—¡Folder! —chilló Holbrook, con estupor.

—Déjame hablar. Había robado, sí. Al quedarme solo en las oficinas de Sandor Hércules, donde yo trabajaba, sustraje de la caja fuerte dos millones de «créditos». Pensaba huir lejos, gastarme ese dinero, vivir como un potentado, harto de trabajar para vivir apenas. Entonces empezaron los remordimientos, los temores. Acudí al adivino. Él supo lo que yo llevaba, adivinó o averiguó, ya no lo sé, todos los detalles de mi caso. Me ayudó mucho, dándome consejos y haciéndome ver lo que me esperaba, si no devolvía ese dinero. Me mostró un porvenir horrible, que podía ser normal, si continuaba siendo un hombre honrado. Y devolví el dinero.

—Eso está bien —aprobó gravemente Glenn—. Sigue siendo un hombre digno. Nadie puede hacerle nada. Tuvo intención de robar, y rectificó a tiempo. Es lo que cuenta para la ley.

—Robé aquella fortuna el sábado por la noche. El domingo la restituí, antes de que nadie se diera cuenta. Pero estoy dispuesto a pagar mi deuda con la justicia si...

—No hace falta, señor Folder, gracias —dijo el agente de la S.I.P.—. Usted pagó su error con aquellas angustias y torturas. Ahora está libre de pesadillas. Deseo que siga estándolo durante toda su vida. Y que nunca más vuelva la humana tentación de apoderarse de una fortuna. ¿Sabía usted que Sandor Hércules fue envenenado?

—Sí —Stephen Folder le miró con sorprendida insistencia—. ¿Tiene eso algo que ver con lo que hice?

—No tiene nada que ver con usted. Podría tener mucho que ver con la muerte del «Precursor». Es lo que trato de averiguar, amigo mío. Pero me gustaría saber si usted conocía personalmente a Sandor Hércules.

—Muy poco. Él dirigía personalmente la empresa. Nos dedicamos a la fabricación de aparatos magnéticos y todo eso. Había hablado en alguna

ocasión con Sandor Hércules. Precisamente una de las veces fue el lunes siguiente a... a mi fraude.

—¿Aquel mismo lunes? ¿Cuándo usted acababa de restituir el dinero? — se interesó, vivamente Glenn.

—Sí, lo recuerdo bien, porque él mismo revisó los fondos, con su experto en cuentas. Asistí a ello mortalmente pálido y bañado en sudor frío, pensando lo que hubiera sucedido si...

—Olvídalo, Folder. Y dígame una cosa: ¿de qué hablaron él y usted?

—Pues... pues de lo de siempre. Las cuentas, el negocio, los asuntos de la oficina... Me felicitó por mi labor y me prometió una gratificación especial a fin de año. Me la dio cosa de dos semanas más tarde. Era un buen hombre.

—¿Sólo hablaron de eso? Trate de recordar, Folder. Es muy importante.

—Claro que sólo de eso. ¿De qué íbamos a hacerlo si no? Él se marchó luego y... ¡Espere! Ahora recuerdo que antes de marcharse hizo algo gracioso.

—¿Qué era ello, Folder? —el tono de Farrow no parecía a tono con esa posible gracia.

—Nos adivinó algunas cosas a todos, cerrando los ojos y concentrándose. Le aplaudimos. Siempre había tenido la manía de ser un adivino. Yo me reí al aplaudir, porque reconocí que tenía mérito su juego, pero nada más. Me dijo algo sobre mi escepticismo. Y yo, entonces, admití que nunca creí en cosas así hasta conocer al «Gran Precursor».

—¿Usted le dijo eso? —se excitó Glenn—. ¿Totalmente seguro, Folder?

—Claro, señor Farrow. Me miró, interesado, y me pidió informes. Quién era ese tal «Precursor», dónde vivía...

—¿Y usted... se lo dijo todo?

—Sí, señor. Se lo dije. Era mi jefe, después de todo. No le expliqué la razón, claro está, de mi visita al «Precursor». Parecía muy interesado y pensativo al irse de la oficina. Pero no hizo comentarios...

Glenn Farrow asintió. Su excitación se mantenía latente. Holbrook observó que sus ojos brillaban y su piel tenía vibraciones nerviosas bajos los párpados.

—Gracias, señor Folder —dijo con firmeza—. Me ha sido usted muy útil. Hasta otra vez. Y no confíe nunca en los adivinos... sino en su propia conciencia.

Salió de la casa en compañía de Holbrook. Éste le contempló cuando subía a su propio turbomóvil y preguntó:

—Glenn, ¿hace falta que yo te acompañe ahora? Tengo cosas que hacer y...

—No, no necesitas molestarte más. Ya has hecho bastante —sonrió Glenn Farrow al volante—. Sube. Te dejaré en tu casa y yo continuaré mi labor.

Holbrook subió al turbomóvil de radio de acción urbano. Enfilaron hacia la

zona de residencia de Christian. Éste miró a Glenn de soslayo mientras conducía, con el ceño fruncido y el gesto intensamente meditativo.

—¿De veras crees que lo que ha contado Folder te será de alguna utilidad, Glenn? —se interesó Christian Holbrook.

—Sí, tal vez de mucha utilidad —asintió Glenn—. Depende de muchas cosas más aún...

No añadió más. Holbrook hizo otra pregunta, pero Farrow no la contestó. Parecía muy lejos de allí, sumido en sus reflexiones. Christian optó por no molestarle más y se retrepó en el confortable asiento, dejándose llevar a su casa.

Una vez allí saltó al suelo de su terraza, al nivel del aerocamino, y estrechó la mano a Glenn, despidiéndose de él. Farrow puso en funcionamiento la turbina, mientras Holbrook abría la puerta de su vivienda y echaba una rápida ojeada al buzón postal de la entrada.

—¡Eh, Glenn! —chilló de súbito Holbrook—. ¡Vuelve, Glenn, vuelve pronto!

Farrow arrancaba ya cuando llegaron a su oído los gritos agudos de su amigo. Rápido viró en redondo, dirigiéndose a la casa de Holbrook nuevamente. Éste, febril, agitaba algo en su mano, dando saltos a la puerta de casa.

Glenn frenó el turbomóvil y saltó a la terraza aérea, acercándose a Christian.

—¿Qué mil diablos sucede ahora? —preguntó a Holbrook—. ¿A qué esos gritos?

—¡Mira, Glenn! —mostró algo que tenía en su mano—. ¡Esto estaba en el buzón del correo! ¡Lee lo que está escrito y lee el nombre del que lo remite!

Glenn lo hizo así. Estaba dirigido a Christian Holbrook. Era un paquete postal pequeño de forma circular, no más de dos pulgadas de alto, con un diámetro de siete u ocho como máximo. La letra del plástico de envoltura era pequeña y muy cuidada.

Cuando llegó al nombre del remitente lanzó una interjección y levantó sus ojos atónitos hacia Holbrook.

—¡El «Gran Precursor»! —masculló—. ¡Es él quien te envía esto!

—Claro, Glenn —jadeó Christian—. ¿Comprendes ahora mi sorpresa?

—Diablos, sí. ¿Esto ha sucedido antes? ¿Te envió alguna vez cartas, paquetes o...?

—¡Cielos, nunca! Ni siquiera le dije jamás dónde vivía, aunque supongo que él podía averiguar eso —señaló, excitado, el envoltorio circular—. Pero eso... eso es rarísimo, Glenn. Además, ahora... él está muerto. Resulta algo terrible recibir una carta o un paquete de manos de un muerto...

Glenn meneó la cabeza, pensativo. No apartaba sus ojos del envoltorio.

Rápido, tomó una decisión.

—Entremos en tu casa, Holbrook. Vamos a ver lo que es esto.

Los dos hombres penetraron en la vivienda rápidamente. Tal vez aquel misterioso envío, realizado por un hombre que ya había muerto, era el principio del fin. Al menos, Glenn Farrow tenía esa esperanza cuando empezó a desenvolver la funda de plástico...

* * *

Glenn contempló de nuevo el objeto.

Su rostro estaba más contraído y preocupado que nunca. Ahora todo parecía claro ya. Pero la solución no dejaba de ser decepcionante.

Miró a Christian Holbrook, que estaba anonadado. Luego volvió a conectar el resorte de marcha del magnetófono de su amigo. En el carrete la pequeña cinta magnetofónica que habían hallado dentro del envoltorio remitido por el «Gran Precursor» volvió a girar. El altavoz repitió el sonido allí grabado, el mensaje póstumo del hombre muerto.

Una voz grave, profunda, de inflexiones solemnes, habló con acento claro, preciso. Holbrook, muy pálido e impresionado, se humedeció los labios con la punta de la lengua y escuchó en medio de un religioso silencio, roto solamente por la voz grabada:

»—Le sorprenderá este envío, Christian Holbrook, cuando yo esté ya muerto. Pero usted es uno de los pocos clientes de verdadera inteligencia a quién siempre estimé. Usted creyó en mí leal y sinceramente. Le confieso ahora, cuando ya todo eso carece de importancia para mí, que no siempre le fui sincero. Ni tampoco siempre le engañé con feos trucos. Sé leer bien en las mentes de las personas, tengo estudios y cierto don de adivinación. A veces pronostico realmente lo que va a ocurrir. Pero dejemos eso. Le pido perdón por no ser tal y como usted imaginó siempre.

»He cometido delitos graves, amparado en mis facultades. Pero el más grave de todos ha sido el de estafar a un hombre ingenuo, Sandor Hércules, y hacerle creer que sólo con mis lecciones e influencias sería capaz de ver el futuro y predecirlo. Asociado con amigos influyentes, creamos una farsa en la que nos ha sido necesario apelar a varios asesinatos, provocar hecatombes y todo eso. Esos amigos son simples hampones, delincuentes de cierto rango en el mundo del crimen. Yo era el jefe. Yo dispuse todo, organicé la estafa... y Sandor cayó en ella. Le hemos sacado muchos cientos de millones, que repartimos entre nosotros. Dejaré mi parte donde pueda ser recuperada por los herederos del millonario, para quedar en paz con mi conciencia. Hoy he sabido algo que no pude adivinar. He sabido que padezco una grave dolencia. Es incurable. De modo que terminaré con mi vida dignamente. Es lo mejor que puede hacerse. Usted, Holbrook, cuídese de entregar este último mensaje

mío a las autoridades. No ha tenido recompensa mi delito. No debí matar a Sandor Hércules cuando él descubrió el engaño. Pero lo que hice ya no tiene remedio. Adiós, Holbrook. Y perdone de nuevo todos los engaños del

"Gran Precursor"

Allí terminaba la cinta. Glenn Farrow suspiró cansadamente. Al parecer, también allí se cerraba el caso.

* * *

Pat Sullivan salió de la cámara de autopsia. Cerró la puerta, tras de sí suavemente y se peinó los cabellos con sus dedos, largos y sensitivos. Los ojos grises, firmes e inteligentes, se clavaron en Glenn Farrow y Donald Callowan, erguidos ante él, en espera de noticias.

—Creo que voy a confirmar totalmente el curso de los acontecimientos, Donald —dijo el veterano jefe de los Servicios Médicos de la Central de la S.I.P.—. Ese hombre, el «Gran Precursor», o como quiera que se llamase, padecía cáncer. Además, en desarrollo mortal.

—De modo que la confesión era cierta en ese punto —observó Callowan, pensativo, contemplando a su compañero y amigo, el doctor Sullivan. Se volvió hacia Glenn—. ¿Lo ve, muchacho? Deje de estrujarse la cabeza. El culpable ya confesó. Y dejó de existir. El caso está cerrado.

—Pero faltan doscientos cincuenta millones, señor —replicó Farrow. Miró al doctor Sullivan e indagó—: ¿Qué hay acerca de la autopsia? ¿Pudo producirse él la herida de la cabeza con un objeto contundente?

Pat Sullivan meneó afirmativamente la cabeza.

—Es justamente lo que sucedió, Glenn —dijo para sorpresa del agente.

Farrow parpadeó, con gesto desconcertado. Creía en la palabra de Pat Sullivan. Además de ser el jefe de los Servicios Médicos de la S.I.P. en su central de Washington, Pat Sullivan era una auténtica autoridad en Biología, Antropología, Bioquímica y toda clase de especialidades relacionadas con su profesión. Junto con Donald Callowan era el más antiguo miembro de la «Spacial International Police», y la antigua amistad con Callowan le permitía tutear al hombre que con él fundó la S.I.P.

—Pero ¿cómo puede un hombre matarse golpeándose a sí mismo en la nuca, doctor? —indagó, estupefacto.

—Existe un medio científicamente posible en la actualidad de hacer tal cosa —especificó el doctor Pat Sullivan—. Y en un bolsillo de las ropas de nuestro adivino encontramos la comprobación de ello. Es un medio moderno y práctico de suicidarse sin dolor, de un modo tajante y rápido.

Sepultó Sullivan sus manos en los bolsillos de su bata de plástico blanco. Las extrajo con dos objetos cilíndricos, uno sumamente diminuto, y el otro

más grande, pero ambos con un mismo tono gris y un resorte rojo en el mayor. Los mostró.

—El cilindro pequeño lleva una potentísima carga de polvo de «marcibón», el poderoso mineral explosivo hallado recientemente en las minas de Marte —explicó—. Sirve para aplicarlo a un cuerpo y, supliendo a los viejos barrenos, soltar la carga explosiva presionando el otro cilindro, sin contacto directo entre uno y otro. Esto es, sin cables ni conexiones entre ambos. Pero el sistema puede aplicarse también, con menor cantidad de polvo explosivo, al caso de suicidio que tenemos ahora en nuestras manos. El cilindro diminuto se introduce en el oído. El mayor, o resorte de disparo, se conserva encima. En un momento dado se provoca la descarga. El «marcibón», que es, un explosivo que, como el cobalto radiactivo por ejemplo, sólo hace efecto sobre un lugar previamente radiactivado, se dispara hacia el lugar radiactivado con corrientes previas. En este caso, la base del cráneo del «Precursor». Y allí estalla con no mucha potencia, rompiendo los huesos internos, fracturando totalmente la base craneana y matando en el acto al suicida.

—Complicado sistema —comentó Farrow.

—Pero eficaz y sin dolor —suspiró el doctor Sullivan—. Evidentemente, el «Gran Precursor» era un tipo a quién le gustaban las cosas dramáticas, complicadas... pero tenía miedo a sufrir. Ese sistema era tan eficaz como pegarse un tiro, pero mucho menos doloroso. Por eso recurrió a ello. No hubo golpe de objeto contundente como cualquiera podría imaginar al ver el cuerpo, sino un estallido interior que rompió los huesos. ¿Explicado todo, Donald?

—Sí, creo que sí —suspiró Callowan. Miró a Glenn, añadiendo—: No se sienta insatisfecho por una solución tan simple, Farrow. Después de todo, usted resolvió el caso. Ahora sólo nos falta encontrar el dinero. Y eso es ya secundario. Lo importante es que el culpable de todos estos crímenes pagó su delito. Ahora responderá ante Dios.

Glenn Farrow hizo un gesto de escepticismo. No parecía nada feliz por el desenlace del asunto. Con las manos hundidas en los bolsillos se alejó por el corredor de las dependencias sanitarias de la Central de la S.I.P. como si aún estuviese anonadado por la solución del misterio de las personas que adivinaban el futuro.

Donald Callowan le vio alejarse, se mordió el labio inferior y farfulló algo entre dientes. El doctor Sullivan era el hombre que mejor le conocía y no apartó sus ojos penetrantes de él. Tras un silencio, el médico aventuró, con voz grave:

—A ti tampoco te gusta esto, ¿eh, Donald?

—En efecto, no me gusta nada —respondió Callowan—. Tu examen médico-forense del cadáver puede dar resultados incontrovertibles, de acuerdo

con la confesión grabada por el muerto. Pero no sé por qué me da la sensación de que hay algo que no encaja, de que Glenn tal vez esté en lo cierto...

Pat Sullivan meneó la cabeza de un lado a otro, contempló la puerta de vidrio esmerilado que les separaba de la cámara donde había desmenuzado la anatomía del «Precursor» con su bisturí y confesó entre dientes, de mala gana:

—Diablos, Donald, tal vez seamos todos unos tontos rematados o unos insatisfechos... pero a mí tampoco me gusta nada de esto. Tengo la rara impresión de que alguien nos está tomando el pelo...

* * *

—Alguien nos está tomando el pelo... —decía alguien en otro lugar muy diferente y alejado—. Es una sensación casi física, Andrea...

Ella no dijo nada. Había escuchado el sonido de la voz del «Gran Precursor» en la cinta magnetofónica, de la que Glenn se quedara con una copia. Luego se había quedado pensativo. Ahora, mirando a Glenn Farrow, erguido ante ella, paseando a veces por la cabina de revelado y proyección de películas por ella filmadas para la TV, igual que un auténtico tigre enjaulado, le dijo con voz serena:

—¿Quieres pasar otra vez esa cinta por el magnetófono, Glenn?

Farrow asintió. Había ido a Nueva York, al encuentro de Andrea Darlan, quizá para aliviar un poco su nerviosismo. La hermosa muchacha de cabellos plateados tenía la virtud de devolverle un poco la calma. Su sola presencia era un sedante. Ya había quedado atrás el tiempo en que se peleaban ambos como dos enemigos irreconciliables, a pesar de que solamente el breve margen de unas horas les separaba de esos momentos de antagonismo.

Ahora eran buenos amigos.

Andrea parecía tan confusa como él mismo. No opinaba. Se limitaba a escuchar la voz del «Precursor» en su cinta póstuma, en su confesión final.

—Glenn, ¿seguro que es la voz de él? —preguntó de repente la joven reportera de la televisión cuando la cinta de sonido se pasó por segunda vez.

—Totalmente. Fue identificado por Christian Holbrook, que le conocía bien. Por Stephen Folder, por varios adivinos y brujos de segunda categoría... Todos coinciden. Es su voz. Si algo se nota que pueda diferenciarla en el fondo es consecuencia natural del dramatismo del momento en que fue grabada. He mirado también por ese lado, Andrea. No hay duda: es su voz.

—*O la de alguien que la imita perfectamente* —dijo ella de súbito.

Glenn se detuvo en uno de sus paseos. La miró de hito en hito. Apretó sus mandíbulas, que crujieron ruidosamente, endureciéndose el gesto. Tras un silencio, habló:

—Es posible que sea ésa la explicación. Pero ¿cómo fingir una voz tan perfectamente? Los procedimientos de magnetofonía no tienen medio factible

para tal truco, Andrea.

—Es lo malo de nuestra época, Glenn —dijo Andrea, pensativa—. Hemos llegado a confiar tanto y tan ciegamente en los mecanismos técnicos que olvidamos con frecuencia el más perfecto mecanismo que existe: el propio ser humano. Un hombre pudo fingir esa voz, Glenn.

El joven dijo:

—¿Tan perfectamente? No hay diferencia alguna entre la voz del «Precursor» y su grabación. Son varios los testigos que lo afirman. Y habrás observado por esa cinta que su voz era muy especial en fonética...

—Lo he observado todo. Espera un momento, Glenn, y te enseñaré algo de interés.

Se incorporó, abriendo un armario-archivador metálico. Buscó en él, en las letras de un índice alfabético. Finalmente, extrajo un cajoncito plano, y de él, tras breve búsqueda, un rollo de película estrecha. La tendió a Glenn.

—Es microvideo, Glenn —dijo Andrea Darlan—. ¿Recuerdas cuál?

—No sé... —Glenn lo contempló, perplejo—. No te entiendo, Andrea.

—Es el que tomamos en la Feria del Espacio, ¿recuerdas? El reportaje gráfico y sonoro de las atracciones de «Aerocity Park». ¿Quieres que lo proyecte? Quizás encuentres en él algo que atraiga tu atención.

—¡Oh! Andrea, ahora no tengo tiempo ni humor para...

—Espera y habla luego, Glenn. Vas a ver de nuevo la Feria del Espacio. A veces hay cosas que saltan ante nuestra vista y sin embargo pasan inadvertidas entre los demás. Es como el viejo dicho aquél de que «los árboles pueden impedir que uno vea el bosque».

Introdujo el carrete de «video» en una cámara especial de proyección tridimensional. Sobre una pantalla de vitrofib surgieron las imágenes en color de la Feria del Espacio, con el sonido directamente grabado por el diminuto y fiel objetivo audiovisivo.

Glenn Farrow, en pie junto a Andrea, contemplaba el desfile vivaz de imágenes delirantes de luz y de color, esplendorosas de cromatismo y sonidos. Las burbujas luminiscentes, vaporosas, que quizá contenían la sobrecarga de oxígeno artificial para provocar la amable euforia de los visitantes al parque de atracciones orbital, pasaban con toda su iridiscente transparencia ante la cámara.

Atracciones de todas clases desfilaban de nuevo, como en una reproducción exacta de la realidad, ante los ojos del agente de la S.I.P. y su joven y bella amiga. Montañas rusas sobre bólidos sin soporte, que corrían vertiginosos por invisibles caminos magnéticos, para hacer más enloquecedor el viaje, teatrillos ambulantes, fenómenos sorprendentes, pistas de baile luminosas, montadas sobre columnas invisibles de magnetismo. Ingenios electrónicos fantásticos, tiro al blanco con superrifles del espacio y un sinfín

de maravillas ingenuas y deliciosas más. Entre ellas, también los artistas especializados: «El Gran Spaak», ilusionista... «La Grandiosa Lydia», acróbata... «El Magnífico Kraal», asombroso imitador de voces...

—¡Espera! —gritó Glenn—. ¡Ah! ¡El imitador de voces!

Andrea Darlan sonrió, afirmando con la cabeza. Movió el resorte de parada del proyector, y el imitador de voces de la Feria del Espacio quedó encuadrado en la imagen inmovilizada sobre la pantalla. Glenn se acercó rápidamente, lo examinó de cerca.

Era un hombre atlético, macizo, de gigantesca estatura y garganta privilegiada. En un instante había imitado voces del pasado y del momento actual ante los oídos maravillados de todos. Incluso de ellos mismos. Entonces eso carecía de otra importancia que la puramente espectacular. Ahora... ahora era muy distinto.

Aquel hombre podía haber imitado la voz del «Gran Precursor». Y si no fue él... conocería a quién lo pudo hacer. Se volvió vivamente hacia Andrea.

—Voy a ir a «Aerocity Park» —dijo, ronca la voz por la excitación—. Ese hombre puede ser la clave que transforme todo lo que ya parecía resuelto.

—Iré contigo —dijo Andrea resueltamente.

—No, no. Es algo que debo hacer yo solo. Puede ser peligroso.

—Escucha esto, Glenn Farrow —ella le amenazó, agitando un dedo acusador ante él—. ¿Es que crees posible que Andrea Darlan, la gran reportera de la televisión, se quede sin presenciar esta gran aventura? Imagínate si esto fuera el final del caso. Poder ofrecer su detallado reportaje a mis televidentes... ¡Oh! Glenn, no lograrás que me quede aquí, ni siquiera atándome a un poste. Voy contigo. Y me llevo mi «microvideo» —remachó, tomando el disco, que aplicó a su vestido con su habitual pericia.

—Está bien —suspiró Glenn—. Luego no te quejes si las cosas ruedan mal. Éste puede ser el final del caso. Pero también podría ser «nuestro» propio final, Andrea. Recuerda que combatimos contra asesinos despiadados, inexorables. Que han matado ya varias veces... y que no vacilarán en hacerlo una más si ven en peligro sus vidas y su impunidad....

CAPÍTULO IX



RA ya muy tarde cuando el aerocar a retropropulsión nuclear utilizado por Glenn Farrow para llegar a la Feria del Espacio arribó a su destino.

La hora, demasiado avanzada, no iba de acuerdo precisamente con las aficiones de diversión del continente americano. Y en su vuelo orbital en torno a la Tierra ahora la Feria del Espacio flotaba precisamente sobre América, por lo que resultaba un poco, largo el viaje desde Europa, y los europeos y otros continentes preferían esperar al siguiente día para ir a divertirse a «Aerocity Park».

Glenn detuvo su aerocar en una de las plataformas de aparcamiento de «Aerocity Park». Echó una ojeada a las luminosas pero desiertas vías de la Feria, cuajadas de luz y de color, pero casi vacías de público, a excepción de unos pocos trasnochadores que iban de caseta en caseta, ebrios o bostezando, en un esfuerzo supremo, agotador y desganado, por sobrevivir al cansancio de unas horas delirantes en la Feria.

—No está precisamente tal y como la hemos conocido anteriormente —dijo Glenn.

—Parece un cementerio. No hay más que luz y música. Pero hasta la música parece ya cansada —comentó Andrea Darlan, con aire abatido—. No me gusta esto, Glenn. Si las cosas van mal, nadie va a ayudarnos. No hay gente, no hay animación...

Farrow asintió. Echaron a andar. Glenn llevaba su mano derecha hundida en el bolsillo, empuñando su pistola de proyectiles térmicos. Con la izquierda aferró la mano de Andrea y ambos echaron a andar por las vías rebosantes de luz y de parpadeos luminiscentes de «Aerocity Park».

Un forzudo de multicolor malla ceñida al cuerpo recogía sus pesos a la puerta de su barraca y les miró con aire sorprendido. Meneó la cabeza de un lado a otro.

—Llegan tarde, amigos —dijo fatigadamente—. Nosotros también tenemos derecho a dormir. Apagarán las luces y la feria se quedará desierta. Pueden volverse ya...

Pero Glenn y ella no le hicieron caso. El atleta se encogió de hombros y desapareció en su caseta. Un rótulo luminoso parpadeaba al final de la calle. Cuando llegaron pudieron leerlo: *Faltan diez minutos para cerrar la Feria,*

amigo. Si quiere, puede dormir en nuestro Parque público o en otro lugar. La gente duerme, pero la Feria no echa a sus visitantes.

Tras otro parpadeo el rótulo se apagó. Glenn miró atrás. No quedaba nadie ya. Los últimos visitantes iban hacia el aparcamiento de aerocars para regresar a la Tierra. A nadie le divertía la idea de dormir entre barracones y rótulos luminosos apagados, sin música, bullicio ni ser viviente alguno en derredor suyo, a muchas millas de la superficie terrestre.

Andrea jugueteó con una burbuja luminiscente perdida en la noche del satélite-atracción y suspiró, caminando apresurada junto a Glenn. La burbuja se quebró en el aire. Era la última. Se apagaron varios luminosos y barracas. Los focos que quedaban, bañando en luz la Feria vacía, eran de un azul lívido, casi fantasmal, que dio extraño aspecto al lugar. Eran como lunas azules, suspendidas sobre un pueblo-fantasma del viejo Oeste de doscientos años atrás.

—Allí es —dijo de repente Andrea—. ¿Lo recuerdas, Glenn?

Farrow asintió. El luminoso aún destacaba con letras rojas, como sangrantes: EL MAGNIFICO KRAAL. «La Garganta Prodigiosa». Y, como si sólo esperase a que ellos emergiesen en la plaza de barracas y atracciones desiertas, las letras se apagaron.

Siguieron adelante hacia el edificio destinado al imitador de voces. Un altavoz funcionó magnéticamente al pisar Glenn, y Andrea una línea verde en la calzada de plastial.

—No olviden que la Feria se ha cerrado —recitó una voz monocorde, grabada en alguna parte—. Pueden marcharse o dormir en la calle hasta que se abra de nuevo. Cuiden el Parque, por favor. Es para su propia diversión, amigo.

Glenn sonrió. Andrea se había sobresaltado al empezar a sonar la voz.

—Empiezas a tener miedo —comentó, burlón.

—Este lugar me inquieta, Glenn —susurró ella—. Cuando hay gente, luz, música, sonidos, es maravilloso. Ahora parece un mundo de espectros, una ciudad poblada por monstruos silenciosos...

—Tu imaginación es magnífica —rio Glenn Farrow, escudriñando en torno, sin cesar de avanzar hasta la barraca de «El Magnífico Kraal»—. Procura dominarla o chillarás histéricamente de un momento a otro. No estaría bien eso en Andrea Darlan, la famosa.

Ella lanzó un suspiro. Estaba irritada, pero comprendía que Glenn tenía razón. Farrow se detuvo ante la plataforma de exhibición del hombre de la voz prodigiosa. No eran barracones como en las viejas ferias de mediados del siglo XX, por ejemplo. Éstos eran auténticos edificios cubiculares, cuajados de luz —ahora apagada—, de brillantes, bruñidos muros de plastmetal o de compactplast, en colores radiantes, con puertas electrónicas y todos los más modernos medios.

Subieron los dos escalones de la plataforma. Se pararon bajo las grandes letras rojas, que ahora no lucían con su sangrante luz. El lugar parecía realmente muerto. No se comprendía cómo una Feria podía ser un sitio tan tétrico y frío cuando no funcionaba. Sobre ellos, el cielo negro, intenso, tachonado de astros, era un techo sombrío y remoto. El aire respirable artificial formaba una tenue envoltura, brotando de los surtidores de oxígeno del Satélite-Feria y flotando por encima del lugar del espacio destinado a divertir a los humanos lejos de la superficie de su mundo.

—¡Márchense! —dijo de súbito una voz—. Están violando la propiedad privada. Usen la calle para pasear, no las plataformas.

Andrea pegó un respingo y Glenn la sujetó con energía. Dijo el policía suavemente:

—No temas. Creo que es otra voz grabada como la de los indicadores callejeros. Probaremos.

Volvió a pisar la plataforma en el mismo punto. La orden se repitió, monocorde.

—¿Lo ves? —sonrió, volviéndose a ella—. Todo funciona igual aquí. Esperemos que eso no dé la alarma a sus ocupantes. Y si la da, que el «Magnífico Kraal» no sea suspicaz.

Le hizo un gesto, indicándole que esperase. Él se movió hacia la puerta de la barraca de atracciones. Resueltamente llamó con la culata de su pistola. Andrea parpadeó, asombrada.

—¡En nombre de la Ley, abra su puerta! —voceó Glenn, tajante—. ¡Abra a la «Spacial International Police», Kraal!

Hubo un silencio cortante, denso. Glenn repitió la llamada, tanto con su pistola como con la voz. El resultado fue el mismo.

—¿Qué vas a hacer, Glenn? —inquirió ella—. No puedes emplear la violencia. Ni siquiera tenemos la seguridad de que ese hombre tenga algo que ver en el caso.

—Si Kraal está dentro, debe responder —dijo Glenn—. Ya se acabó mi paciencia.

Buscó en sus bolsillos. Extrajo un tubo corto, metálico, de un tono azul, ionizado. Era una llave magnética maestra. Glenn oprimió el resorte posterior, situándola ante la cerradura magnética de la puerta. Del cilindro azul brotó una estría luminosa, de tono lívido. El contacto magnético se realizó. Un chirrido... y la puerta empezó a deslizarse.

Glenn Farrow, arma en mano, avanzó. Avisó entre dientes a Andrea:

—No te aventures tú. Quédate ahí, esperando. Esto es cosa mía solamente.

Andrea asintió, permaneciendo en la plataforma, a espaldas de Farrow. El joven agente especial de la S.I.P. pisó el umbral de entrada, se aventuró unos pasos por el interior del edificio.

Y de súbito...

—¡No se mueva, maldito policía! ¡Atrás! ¡Atrás o disparo!

Esta vez no era cinta grabada, ni sonido mecánico. Era una voz humana, dura y tajante, brotando de las tinieblas. Luego Glenn se echó a un lado. Y de las sombras emergió una llamarada azul, intensísima, cegadora, que denunciaba la presencia de un arma eléctrica. Y la presencia de un hombre dispuesto a matar con ella...

* * *

Glenn no se anduvo con contemplaciones. Pegado al muro lateral, avisó:

—¡Alto en nombre de la Ley, Kraal! ¡Suelte su arma o será peor! —luego, sin esperar a más, se arrojó de bruces al lado opuesto del corredor. Fue muy oportuno.

Una nueva llamarada azul brotó ante él, y un huracán de energía eléctrica, capaz de electrocutar a quién cogiese en su radio de acción casi le rozó al descargar contra el quicio de la puerta donde estuviera momentos antes.

Ahora fue Glenn quien disparó un proyectil térmico, cambiándose de nuevo, con endiablada celeridad, de posición en el corredor. Silbó su bala y empezó a gotear el muro, derretido por el impacto ardiente. Pero no sirvió de nada ni el disparo ni el cambio de posición. El tirador de cargas eléctricas huía. Sus pasos se perdieron corredor adelante.

Glenn Farrow se jugaba el todo por el todo en aquel embate. Ahora sabía que estaba en lo cierto; que el «Precursor» fue solamente un instrumento más en el juego, y que alguien que estuvo siempre por encima de él ordenó su muerte y le hizo grabar a «Kraal el Magnífico» la voz del asesinado, confesándose culpable. Ahora sabía que el supercriminal aún vivía y se ocultaba con diabólica astucia. Podía ser el propio Kraal u otra persona. Pero, desde luego, su agresor de las tinieblas era una persona capaz también de matar sin demasiados escrúpulos, incluso a un policía de la S.I.P.

Glenn corrió en pos de su presa. No estaba dispuesto, en el duelo supremo, a perder de nuevo su baza. Ya antes le había ocurrido con Sandor, con el «Gran Precursor», con Mara, inclusive... Esta vez sería diferente. Tenía que ser diferente. Era un choque a vida o muerte.

Los pasos, muy apresurados, se perdían ya al fondo del edificio. Chascó una puerta de cerradura magnética. Luego se hizo el silencio. Glenn Farrow no detuvo su carrera hasta que una puerta herméticamente cerrada se lo impidió al final del corredor en sombras.

Apuntó a la cerradura con su pistola. No se entretuvo en utilizar la llave magnética. Disparó y la carga térmica derritió el metal como si fuese cera en goterones gruesos, pastosos, que formaron un charco en tierra, crepitando con burbujas en ebullición.

Glenn saltó sobre ese charco. Allá, en alguna parte, retumbó una descarga de un arma térmica. Esta vez no era una pistola eléctrica, sino de proyectiles de calor. Oyó un grito agudo, estremecedor y terrible.

Corrió cuanto le fue posible. Otra puerta le cerraba el paso en una cámara dispuesta para grabar voces, sonidos, etc., con varios magnetófonos y sistemas de deformación vocal. Kraal era, sin duda, un buen técnico en la materia, aparte poseer una garganta portentosa.

Un nuevo disparo le dejó paso franco. Empujó la puerta. Se encontró en una cámara rectangular, iluminada crudamente por un electrotubo verde. Miró con horror al suelo.

Allí yacía un hombre alto, atlético, de ancha faz y leonina cabellera oscura. Había visto antes su rostro. Era «Kraal el Magnífico». Una carga térmica, le había desgarrado el cuerpo. Le faltaban ambas piernas, el brazo izquierdo y todo el sector de cuerpo del corazón. El muñón horripilante en que se había convertido Kraal se revolcaba por el suelo, sobre sus calcinados restos, babeando sangre, con ojos vidriados de dolor y de agonía.

Glenn se inclinó junto a él. Al lado de la mano derecha del imitador de voces aún humeaba su pistola eléctrica, que no pudo llegar a utilizar contra el hombre que le abrasó vivo.

Era inútil preguntar nada. Aquel ser tumefacto y horrible iba a morir. Y estaba incapacitado para hablar o expresar nada. Le miró con espantosa fijeza, como si esperase que Glenn pudiera hacer algo por él.

Otra vez llegaba demasiado tarde.

Farrow dominó un escalofrío y musitó, contemplando con lástima a aquel ser:

—¿Ve, Kraal? Sacó de este negocio el mismo provecho que su socio, el «Precursor». Hay otro que se lucra con esto. U otros, mejor dicho, ¿no es cierto? —ante su sorpresa, la cabeza horripilante del imitador de voces afirmó. Vivamente, Glenn remachó—: Usted imitó la voz del «Precursor» para confesar una sarta de embustes, ¿verdad?

Nueva afirmación. Luego, Kraal le miró ávidamente, con sus últimos alientos. Iba a morir, él lo sabía, pero esperaba poder decir algo más. Algo que su garganta portentosa no podía ya referir por sí sola, ya que el destrozado corazón se paralizaba, terminaba su existencia...!

Glenn dijo:

—Y otro, el auténtico jefe, el creador de todas las mentiras que hicieron creer a Sandor Hércules en sus dotes de adivino, capaz de saber lo que sucedería al día siguiente, el mismo que sonsacó doscientos cincuenta millones a Sandor con el engaño de siempre, para matarle luego... ¡ese es el que vive aún, el que disfruta de ese dinero a salvo! El que acaba de disparar ahora sobre usted, porque cometió el error de delatarse ante mí, al perder la calma y dispararme. Entonces su socio y jefe le mató. Así nunca hablaría

usted, Kraal, nunca revelaría su identidad.

Nuevo enfático movimiento de cabeza de aquel cuerpo mutilado que ya se retorcía en convulsiones agónicas. Glenn Farrow aprovechó el último segundo. Con expresión, tensa, durísimo el gesto, se inclinó sobre el que moría. Y disparó su pregunta final.

—Pero ese hombre yo sé quién es. Es... —dio el nombre. Se irguió luego —. Es él, ¿verdad?

Otro movimiento afirmativo de Kraal con su cabeza ya casi sin fuerzas. Y lo terminó con un seco choque en el suelo. Estaba muerto. Pero había hablado, aun sin voz, el hombre que poseyó una voz privilegiada en vida...

Glenn Farrow se incorporó. Estaba pálido, jadeante, cansado. Miró hacia la puerta cerrada del fondo. Por allí había escapado sin duda el asesino. Sabía que era inútil perseguirle ahora. Podía haberse alejado definitivamente. Pero él ya sabía quién era. Eso bastaba.

Regresó junto a Andrea Darlan, que esperaba fuera. Por fortuna, ella no había visto aquel infierno de crueldad y horror. Era mejor así.

Cuando pisó la plataforma exterior le aguardaba una sorpresa. Andrea no estaba sola. La acompañaba Stephen Folder, el empleado de Sandor Hércules, amigo de Holbrook. El joven sonrió a Glenn al verle aparecer. Andrea, muy pálida, se apoyaba en Folder.

—Aquí vuelve nuestro hombre —dijo Folder, satisfecho—. ¿Ve cómo le dije que un agente de la S.I.P. nunca pierde la batalla?

—Glenn, ¿qué ha sucedido? —demandó Andrea, ávidamente.

—Murió Kraal —explicó Glenn, conciso. Miró a Folder—. ¿Cómo anda usted por aquí?

—Estaba en la feria. Iba a abandonarla ya en mi aerocar cuando vi a la señorita Darlan, y oí las descargas dentro de la barraca. No disponía de armas para ir en su ayuda y más bien podía ser un estorbo. Preferí quedarme aquí, con ella.

Glenn preguntó:

—¿Se conocían ustedes dos?

—¡Oh! sí —sonrió Folder—. A veces, cuando llevé cuentas y libros a casa del señor Hércules, encontré a la señorita Darlan allí. Veo que somos amigos comunes todos nosotros.

—Andrea, ¿el señor Folder estaba contigo cuando sonaron dentro los disparos? —indagó de repente Glenn Farrow, volviéndose a la joven reportera.

—¡Oh! sí, claro que estaba —ella parecía perpleja—. ¿Por qué lo preguntas?

—Sí, ¿por qué pregunta eso, Farrow? —se intrigó Stephen Folder—... No le entiendo bien...

El agente Glenn Farrow le miró fijamente. Luego habló:

—Me estaba preguntando cómo pudo usted matar a Kraal, mientras estaba aquí con la señorita Darlan, Folder. Y ahora lo entiendo bien. Fue Mara, su amante, la que mató a Kraal... siempre por orden suya, naturalmente.

Stephen Folder, súbitamente pálido, dio un paso atrás, mirando con sorpresa al agente de la S.I.P. Andrea lanzó una exclamación de horror y se retiró del lado de Folder.

Entonces, a espaldas de todos, procedente del centro de la calle desierta, llegó la voz dura, metálica, de una mujer:

—Siempre ha sido usted muy listo, Farrow. Lamento que su nombre tenga que borrarse mañana de la lista de vivos de la S.I.P... junto con el de su amiguita Andrea...

Glenn y Andrea se volvieron. En medio de la calzada, con expresión diabólica y una pistola térmica en la mano, estaba Mara, «La Fantástica». Sonreía triunfalmente.

—Magnífico, querida —dijo con tono chirriante Stephen Folder. Miró, maligno, a Glenn y a su compañera—. Creo que esta vez han perdido definitivamente la batalla, señor Farrow... Usted, y la orgullosa «Spacial International Police». Ellos nunca sabrán que yo soy el verdadero creador de todo, y el hombre que mató a Sandor, al «Gran Precursor», a Kraal... y ahora a ustedes dos, malditos imbéciles....



CAPÍTULO X

HORA se desenmascara el honesto empleado que ya una vez faltó a su deber, robando dinero a su jefe —dijo lenta, duramente, la voz de Glenn Farrow—. Siempre lo imaginé así. Justamente desde que Christian Holbrook me lo presentó. Usted era un granuja en todos los terrenos. ¿Por qué devolvió aquellos dos millones robados? Solamente por un lucro mayor. Estaba preocupado por su delito, sí. Pero no por sus consecuencias morales, sino por las materiales. Temía que la Ley cayera sobre usted. Quiso saber su futuro. Y se encontró con el «Precursor», otro truhan como usted, que le sugirió la posibilidad de que asociados podían engañar fácilmente a Sandor Hércules, hacerle creer que era un gran adivino, sacarle dinero, astutamente, con engaños relacionados con supuestas fundaciones y obras benéficas, cuya real existencia era un fraude, pero de lo que le convencían a él por medio de hipnosis bien encarrilada. De ahí los yerros de Sandor. Todo era poder hipnótico, influencia telepática del «Precursor», que era un auténtico genio del engaño... pero que cometió el error de asociarse con usted, que era más maligno y astuto que él, y aprovechó sus dotes para ir robando millones y millones de la caja de Sandor. Unos, engañándole a él. Otros, hurtándolos a su fondo financiero. Y siempre, como máscara, el engaño de sus presuntas adivinaciones y premoniciones. Cuando usted mató a Sandor, con quien tenía más relación que la que aseguraba, lo cual casi resultaba obvio, y aún más cuando he sabido que visitó su casa varias veces, no mató la gallina de los huevos de oro, sino que eliminó una fuente de millones que ya no le era útil. A pesar de ello, Sandor aún vivía bajo la influencia de su compinche, pero a usted le interesaba más borrarle del mundo de los vivos. Imagino que el «Precursor» se irritó bastante. Pero usted mandaba ya, llevaba las riendas, que insensiblemente pasaron a su poder, justamente al poco tiempo del día en que, inocentemente, Holbrook le llevó a presencia de su socio.

—¿Cómo sospechó de mí? Yo lo hice todo para que sospechara de los parientes de Sandor... o de Holbrook mismo, en último caso. Pero jamás de mí.

—Ya lo sé. Y, sin embargo, solamente usted podía ser culpable. Holbrook era demasiado crédulo. Exudaba buena fe en eso de los adivinos, y su desencanto, ante el engaño demostrado tras la muerte del «Precursor», fue evidente. Sé que si le enviaron a él la cinta magnetofónica de la confesión falseada, fue para la misma idea: si fracasaba el truco sería Holbrook el

sospechoso. Pero eso era falso también. El pobre Christian era de la mejor fe del mundo. Usted nunca me gustó. Un tipo que roba dos millones en su oficina puede robar igualmente doscientos. Y matar también. No me pareció el auténtico arrepentido, sino un tipo astuto en sumo grado. Identificó sin lugar a dudas la voz del «Precursor», falseada por Kraal. En cambio, Holbrook le conocía mejor que usted, y dudó.

—En resumen: sabía que era yo —Stephen Folder rio huecamente—. Le concedo que es muy vivo. También supo que Mara era cómplice mía. ¿Cómo llegó a esa conclusión?

—No era difícil. Mara auxiliaba al «Precursor» cuando usted le conoció. Eso también ligaba. Si ella no actuaba de acuerdo con él, lo hacía con el jefe. Usted volvía a ser mi sospechoso ideal Folder. A Holbrook, una mujer como Mara no le hubiese hecho caso. Es hermosa, usted es joven y bien parecido, audaz y sin escrúpulos... La perfecta combinación... ¡para la cámara electrónica!

Folder rio. Una risa dura, ominosa, que coreó Mara. Ahora, Stephen Folder esgrimía también su propia arma. Una pistola eléctrica. La Feria, en torno suyo, era más silenciosa que nunca...

—¿Va a matarnos a los dos, de verdad? —inquirió Andrea Darlan, con voz ahogada.

—Claro que les mataré —dijo Folder, sarcástico—. Y no iremos a cámara ninguna, Farrow. Soy demasiado listo para eso. Le vigilé siempre muy de cerca. Usted era fácil de vigilar. Tiene su cara demasiado popularizada últimamente...

Las armas les apuntaron. La de Mara desde el centro de la desierta calzada. La de Folder, casi encima de ellos. La muerte jamás estuvo tan cerca del agente de la S.I.P. y de la periodista de la televisión. Sólo quedaban unos segundos de vida, muy pocos...

—Le voy a adivinar lo que sucederá mañana —rio Folder—. ¡Les enterrarán a los dos!

Luego, disparó. Y Mara también.

* * *

Folder cometió su primer error al predecir lo que sucedería el día de mañana. El segundo, al disparar. Porque en realidad, jamás disparó.

Al llevar su dedo al resorte de disparo ocurrió lo imprevisto:

La noche azul de «Aerocity Park», desierto bajo las estrellas, se inundó de cruda luz. Unos potentes, violentos reflectores blancos, invadieron la calle, la plataforma de la barraca de Kraal. Cuatro turbobólidos helicópteros, de vuelo fijo, suspendido sobre el suelo, emergieron tras los edificios. Sus focos frontales, de gran potencia, cayeron como luz viva sobre Mara y Folder.

Ambos gritaron, revolviéndose. Llegaron a disparar, pero bañados en luz, deslumbrados y convulsos, sus disparos salieron altos, luego, apuntaron hacia los turbobólidos surgidos de la negrura del espacio, como fantasmas asombrosos de una época mecanizada.

Nunca llegaron a disparar. De cada bólido espacial surgió un chorro de carga candente que les alcanzó, cuando ya Glenn Farrow y Andrea Darlan rodaban por tierra. Glenn protegía a la joven con sus brazos y su propio cuerpo.

El fuego líquido alcanzó a los dos asesinos. Les calcinó en breves segundos, ante el horror de Andrea, que sollozó, apoyada en el pecho de Glenn, caídos ambos en tierra.

Luego, reinó un silencio terrible, que empezó al chillar agónicamente los dos criminales, y terminó al descender hasta el suelo los bólidos helicoidales. La gente que vivía en la Feria empezó a emerger de sus viviendas, atraída por los motores y el estampido de los cañones térmicos. En medio de la calzada, dos cuerpos calcinados era todo lo que quedaba de los dos ambiciosos que robaron doscientos cincuenta millones de «créditos» y trazaron una sangrienta, horrible cadena de crímenes...

—¡Salvados, Glenn! —jadeó Andrea—. ¡Salvados... y con el mejor reportaje del mundo!

—¿Eh? —aulló Glenn, estupefacto—. ¿Qué quieres decir con eso?

—¡Oh! Glenn, no podía perderme un reportaje en directo, tan sensacional. Y tal vez a eso debemos ahora la vida. Cuando tomé el microvideo, no lo hice con uno normal, sino con uno de grabación y transmisión directas, con pilas-piloto de autotransmisión. En cuanto empecé a captar imágenes aquí, automáticamente los Satélites-Estación Repetidora de TV mundial empezaron a transmitir. Y todos los televisores del mundo repitieron la emisión especial, por la onda de emergencia. La S.I.P. debió captar, con sus visioescuchas, esa emisión, Glenn... y han enviado aquí su flotilla de urgencia.

—¡Cielos, ahora lo entiendo! —Glenn miró hacia el disco de inocente apariencia, colgado del pecho de Andrea—. ¡Es lo más fantástico e inconcebible que jamás hubiera imaginado!

—Y el reportaje más vivo, dramático y sorprendente de todos los tiempos —rio ella—. Vamos, Glenn, di algo...

Se estaban incorporando. De un turbobólido, bajaba ya Donald Callowan, seguido de varios agentes especiales de la S.I.P.

—¿Qué diga algo? —Glenn frunció el ceño—. Seguramente, millones de televidentes están viendo ahora nuestras imágenes en sus pantallas, Andrea...

—Claro, tonto —ella soltó una leve carcajada—. Sobre todo la tuya. Sigues siendo un héroe público... y la faz más famosa de la Tierra.

—Pues la verdad, Andrea. Si esto sigue así, como parece que estoy

predestinado a continuar, prefiero dejar la S.I.P. definitivamente —suspiró Glenn—. Podría decir alguna palabrota, dirigida a las periodistas de televisión demasiado astutas. Pero después de todo, te debo la vida... y quizá se escandalizasen nuestros oyentes. De modo que sólo puedo decir una cosa en este momento.

—¿Qué, Glenn? —sonrió ella, esperanzada.

—Voy a ser baja de la S.I.P... justamente mañana. Como verás, yo también sé predecir lo que sucederá mañana...

—¿Pero por qué serás baja en la S.I.P., Glenn?

—No sé. Tal vez porque haga la tontería de pedirle que se case conmigo, a una chica que es un lince en televisión... y que se llama Andrea Darlan.

—¡Oh, Glenn, cariño! —gritó Andrea, rodeándole el cuello con los brazos —. ¡Y esa chica te dirá que sí... y dejará también la TV, si es tu gusto!

Los telespectadores de cinco continentes pudieron ver un final feliz del reportaje directo, realizado en «Aerocity Park» por una audaz reportera y su compañero, un heroico agente de la S.I.P. Justamente, el momento en que se unieron sus bocas, cerró la transmisión.

Solamente Donald Callowan y los hombres de la S.I.P., llegados urgentemente a auxiliar a su agente y a la mujer en peligro, siguieron viendo la escena, como testigos de excepción...



COLECCIÓN S. I. P.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

56. — Trampa para caballeros. — *Alan Star.*
57. — ¡S.O.S., Tierra! — *Johnny Garland.*
58. — Tráfico inhumano. — *Alan Star.*
59. — “Space boys”— *W. Sampas.*
60. — Cadáver en el espacio. — *Johnny Garland.*
61. — Locura dirigida. — *Alan Star.*
62. — Póquer de damas. — *Alan Star.*
63. — Cadáveres incompletos. — *W. Sampas.*
64. — Asesinos en la torre. — *W. Sampas.*
65. — Poder infernal. — *Alan Star.*
66. — Ladrones de tumbas. — *W. Sampas.*
67. — Piratas Submarinos. — *W. Sampas.*
68. — ¡Ultimátum! — *Alan Star.*
69. — Ojo por ojo. — *Alan Star.*
70. — Huellas sobre la arena. — *W. Sampas.*
71. — ¡Pánico! — *Johnny Garland.*
72. — Sinfonía en Luger sostenido. — *W. Sampas.*
73. — El legado de un «gangster». — *W. Sampas.*
74. — Tráfico siniestro. — *W. Sampas.*
75. — Voluntario para morir. — *W. Sampas.*
76. — Asesino del tiempo. — *Johnny Garland.*
77. — La Torre de la Galaxia. — *Johnny Garland.*
78. — Con la muerte en órbita. — *Johnny Garland.*
70. — ¡Sucederá mañana!. — *Johnny Garland*
80. — La Fórmula del apocalipsis. — *Johnny Garland*

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

La vida de la Tierra estaba a punto de extinguirse, porque un loco poseía...

LA FORMULA DEL APOCALIPSIS

Un relato que le hará estremecerse de terror, escrito por Johnny Garland.

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

7 PTAS

EDICIONES TORAY, S.A.

En Argentina: 12 pesos